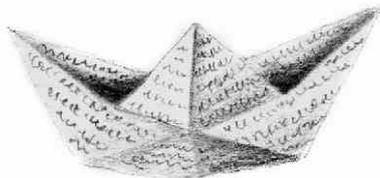


Cuadernos

EX-LIBRIS

... "Imaginar significa hacerse responsables de la realidad, corregirla, entretenernos con ella, sacarle partido a los ojos del pensamiento.

El pensamiento también tiene ojos, y cuando aprendemos a mirar con ellos empezamos a ver las cosas que sólo viven en las ciudades de la imaginación."...



GIMNASIO MODERNO

Víctor Alberto Gómez Cusnir
Rector del Gimnasio Moderno

Juan Sebastián Hoyos Montes
Vicerrector del Gimnasio Moderno

Federico Díaz-Granados
Director de la Agenda Cultural del Gimnasio Moderno

Camilo De-Irisarri Silva
Director Oficina de Comunicaciones

© 2015, AGENDA CULTURAL

GIMNASIO MODERNO

Carrera 9 No. 74 - 99, Bogotá

Tel. (57 1) 540 1888

www.GimnasioModerno.edu.co

Biblioteca@GimnasioModerno.edu.co

Primera Edición: Septiembre de 2015

Oficina de Comunicaciones del Gimnasio Moderno

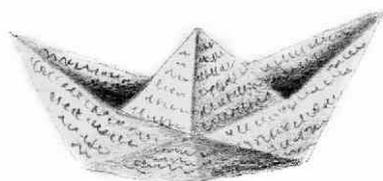
Concepto de diseño y diagramación:

Natalia Ibáñez Lizarazo

Ilustraciones:

Cristina León

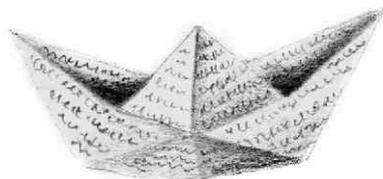
Impreso en Colombia



Lecciones de poesía para niños inquietos

Luis García Montero





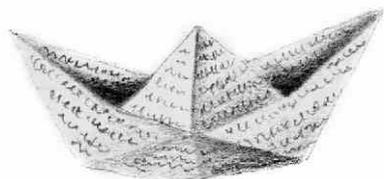
A Irene y Elisa, que me ayudaron
A escribir este libro.

Y a Mauro,

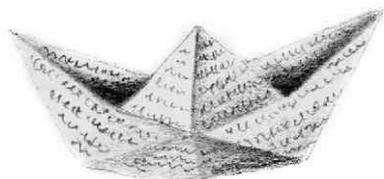
lector de Antonio Machado

y Gustavo Adolfo Bécquer.









No somos tontos

NO vamos a empezar este libro haciendo el tonto. Esa es la primera cosa que debemos tener clara: nosotros no somos tontos. Cuando se piensa en un libro infantil sobre la poesía, todo el mundo espera que empiece a pasar por nuestra imaginación un desfile de animales, el gatito, el perrito, el osito, muchos animales rimando en diminutivo. Parece como si los niños poetas tuvieran que estar siempre entre los animales de una granja, o de un zoológico, o pensando en el perro del vecino.

¡Un poema! ¡Hay que hacer un poema! Y ya está, parecemos condenados a imaginar la historia de un caballito que vio a un patito volar muy alto por encima de la granjita para avisar a una ovejita de que había bajado del monte un lobito con mucho apetito. Y si cambiamos la granja por el zoo, enseguida vemos una jaulita llena de monitas, un osito que se baña en un laguito y una foquita jugando con una pelotita. Con tanto diminutivo, se nos van a quedar los labios como la trompita de un osito hormiguerito. ¿A vosotros os gusta comer hormigas? En vez de meter los labios o las narices en un hormiguero, los poetas suelen mirar por la cerradura para ver lo que pasa detrás de las puertas. Son unos curiosos.

Algunos de los poemas que protagoniza el perro del vecino son divertidos. A veces sale corriendo por la escalera y asusta a la señora del segundo, que siempre está enfadada y tiene una nariz muy grande, una nariz que parece un portaaviones, una nariz en la que pueden posarse diez moscas del tamaño de diez helicópteros, una nariz que se pone muy roja cuando se enfada con el perro del vecino. La señora del segundo está pegada a su nariz. Pero a la gente no le gusta que los niños poetas escriban versos a la nariz grandísima de la mujer gruñona que vive en el segundo. El perrito del vecinito tiene que salir corriendo detrás de un gatito, que se sube a un arbolito, y espera hasta que se vaya el perrito, y sigue esperando hasta que por la esquina de la calle aparezca un ratoncito con un trocito de quesito en el morrito.

Y, claro está, todo esto es una tontería.

Podemos cambiar los diminutivos por los aumentativos. Podemos escribir que el perrazo persigue a un gatazo y que el ratonazo lleva un quesazo en el morrazo. Pero las cosas no cambian mucho, y además, con el peso de un quesazo el ratoncito correría torpemente y caería antes en las garras del gato. Aunque utilicemos aumentativos, todo esto sigue siendo una tontería. Yo creo que la gente piensa que los niños y los poetas somos tontos. Por eso todo el mundo espera que escribamos tonterías sobre perritos, patitos, osazos y lobazos.



Puestos a escribir historias tontas a mí me gustan más las lavadoras. ¿Os habéis fijado en lo loca que está una lavadora? Siempre quieta la muy majareta, en una esquina de la cocina... No, esto es una broma, una broma, de verdad, ahora no quiero ponerme a hacer rimas fáciles entre esquina y cocina o entre noche y coche. La rima es importante, porque sirve para llamar la atención sobre algunas palabras y para jugar con la música del vocabulario. Pero de todo esto hablaremos más tarde, porque así, de forma aislada, unir esquina y cocina resulta una tontería.

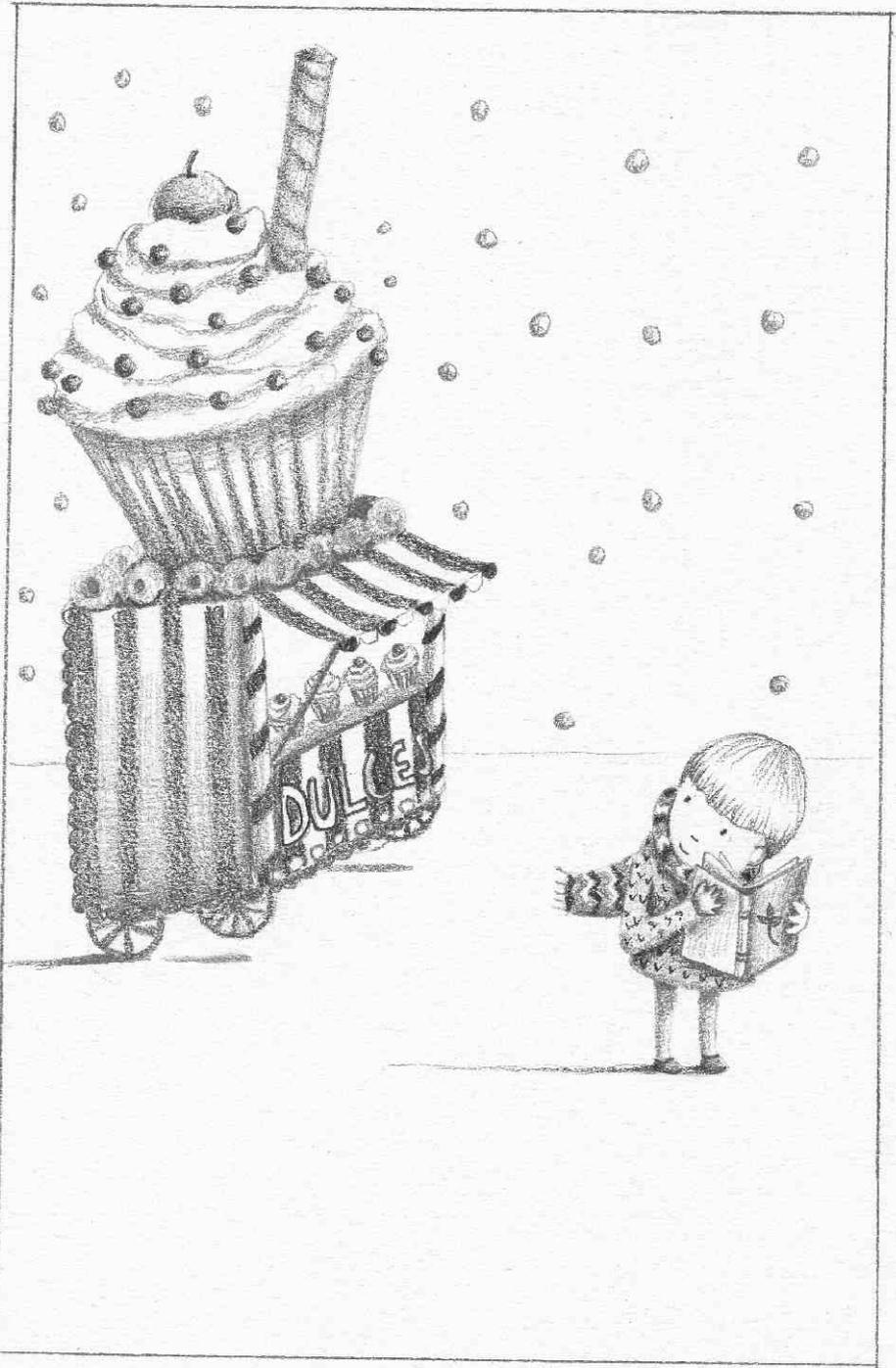
Seguimos. Puestos a escribir sobre tonterías, ¿os habéis fijado en lo loca que está una lavadora? Nunca nos podemos descuidar, se pone a dar vueltas y nos quita todo lo que llevamos en los bolsillos: el monedero, los papeles con una dirección o un número de teléfono, el carné de la biblioteca, un chicle, cualquier cosa. ¡De qué manera más rara se portan las lavadoras con las fotografías! Y a veces les da por jugar con los colores y los tamaños de la ropa. Sale rojo lo que era blanco y pequeño lo que era grande. Metemos una camisa blanquísima, de esas que se llevan a los bautizos y las bodas, y cuando vamos a tenderla nos encontramos con un uniforme de explorador indio o un disfraz de payaso. A veces metemos en la lavadora unos pantalones recién comprados, y de pronto salen pequeñísimos, como si fueran de hace dos inviernos, como si llevaran un siglo escondidos en el cajón más secreto del armario. Hay que tener cuidado con el ojo loco de la lavadora, porque además de agua y espuma las lavadoras suelen ocultar ideas muy peligrosas.

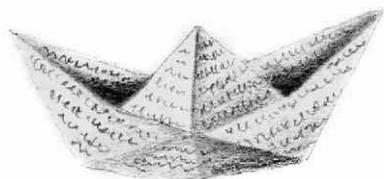
Para escribir un poema no es obligatorio hablar de animalitos, ni pasarse el fin de semana en una granja. La poesía está a veces en un rincón de la cocina, en el armario, en el espejo del cuarto de baño, en la calle que se ve desde la ventana o en las historias que nos cuentan algunos amigos. Un poema puede esconderse en el bolsillo del amigo al que nunca le pasa nada o en el del amigo al que siempre le pasa de todo.

Por eso tenemos que hablar de muchas cosas: del tiempo, de la imaginación, de las palabras, de la gente, de las ciudades, del mar. Y por eso debemos aprender a mirar. Para ser poeta, sobre todo, hay que aprender a mirar.









Tampoco somos niños góticos

TENGO un amigo cubano que llama «niños góticos» a los niños demasiado cursis, redichos, repelentes, empollones, empachosos, que se dan mucha importancia por utilizar palabras raras o por emocionarse ante una flor. Seguro que habréis visto, por lo menos en fotografía, una iglesia gótica. Parecen la tarta de crema de un pastelero grandilocuente o el capricho de un enfermero maniático, de los que van poniendo inyecciones por todas partes. Las iglesias góticas levantan al cielo unas torres llenas de agujas y filigranas. Le ponen inyecciones hasta a las nubes. Bueno, pues los niños que le echan demasiado azúcar a las palabras y se comportan de una forma demasiado extraña, con muchos caprichos y rarezas, son los «niños góticos» de mi amigo cubano.

Está bien ser un poquito raros, tener personalidad y llamar la atención. Resulta inevitable ponerse triste en medio de una fiesta familiar, cuando todos parecen tontos de alegría, como si llevaran escondida una metralleta de dar besos y abrazos. ¡Qué pesados se ponen los que nos quieren dar demasiados besos! También es lógico que nos entren ganas de reír en las situaciones más serias, cuando a los mayores se les pone la cara como un melocotón y empiezan a discutir por cuestiones de dinero o de política. Resulta inevitable ser un poquito raros, aguantarnos la tristeza cuando los demás son empalagosamente felices y divertirnos mientras los mayores vociferan por cosas que consideran muy serias. Resulta inevitable, pero tampoco hay que pasarse.

El peligro está en la palabra DEMASIADO. Hay palabras que son peligrosas, debemos tener mucho cuidado con ellas. A la palabra DEMASIADO es conveniente atarla muy bien, como si fuera un perro capaz de morder a los vecinos. Nadie nos toma en serio si somos demasiado dulces, demasiado llorones, demasiado quejicas, demasiado poéticos.

Lo peor para la poesía es ser demasiado cursi. Eso nunca. Una cosa es que nos guste una flor y otra muy distinta es hacer una obra de teatro cada vez que veamos una flor para que el público se entere de que nos gusta mucho. Los niños demasiado cursis no saben contar ni mentiras ni verdades. Nadie llega a creerse una historia contada con mucho aspaviento.

Hay gente que pone los ojos en blanco cuando oye la palabra poesía. ¡Cuidado! ¡Mucho cuidado! Con los ojos en blanco no se puede ver nada. Las mismas personas que confunden los poemas con los animalitos y los diminutivos, suelen creer que las cursiladas son estados de ánimo muy poéticos.

Estas personas góticas y cursis no saben que hablar con la boca llena es de mala educación. Tienen la boca llena de merengue y lanzan frases demasiado dulzonas, con adjetivos que dan muchas ganas de reír. Yo creo que tanto azúcar es un problema que arrastran desde su infancia.

¿A que los mayores te dan mucho el latazo? ¿A que cada vez que llega una visita a tu casa te piden que hagas una gracia?

— Anda, anda, Fulanito, recita a los abuelos el poema que te has aprendido de memoria.

— Venga, venga, Fulanita, cuenta ese chiste tan gracioso, el de Jaimito y la profesora.

A las personas góticas, a los poetas demasiado cursis que hablan con la boca llena de merengue, se les ha quedado esa tontería y siempre están haciendo gracias para las visitas. Son muy artificiales, muy teatrales. Parece como si los sentimientos y las palabras tuvieran que vestirse de domingo o pasearse con una cara de mamá recién salida de la peluquería.

Vamos a ver si me explico. ¿Has visto lo raro que tiene el pelo tu madre cuando la peinan en la peluquería? Ella se cree que está muy guapa, porque va muy arreglada, pero es un anuncio de peluquería más que una madre de verdad. ¡Menuda regañina si se nos ocurre tocarle el pelo! Parece mentira que no se dé cuenta de lo guapa que está un día cualquiera, cuando se va corriendo a trabajar, sin tiempo casi para peinarse en el cuarto de baño. ¿Y tu padre? ¿Es que no parece una fotografía de tu tatarabuelo cuando se pone una corbata muy seria para ir a algún sitio demasiado solemne?

Los poetas demasiado cursis utilizan siempre palabras con corbata, sentimientos que acaban de salir de una peluquería. Escriben por ejemplo:

¡Qué bonita está la luna!
¡Qué bonita está la mar!
¡Qué bonita está la sierra!
¡Qué bonita mi ciudad!

Y tampoco es para tanto. No es obligatorio hablar con diminutivos, no es obligatorio hacer poemas sobre los animales de una granja y tampoco es obligatorio que todo sea muy bonito, requetebonito, hasta el punto de que se nos llene la boca de merengue.

Algunas personas confunden la ropa con el deporte. Deciden jugar al tenis y se compran las mejores zapatillas, los calcetines más pijos, la camiseta y el pantalón de la marca más conocida, la raqueta de más prestigio, las pelotas más caras. Entran en la pista como si fueran una tarta, una catedral gótica llena de filigranas. Y luego no son capaces de darle ni una vez a la pelota. Lo mismo ocurre con las personas que confunden la poesía con las cosas bonitas, demasiado bonitas.

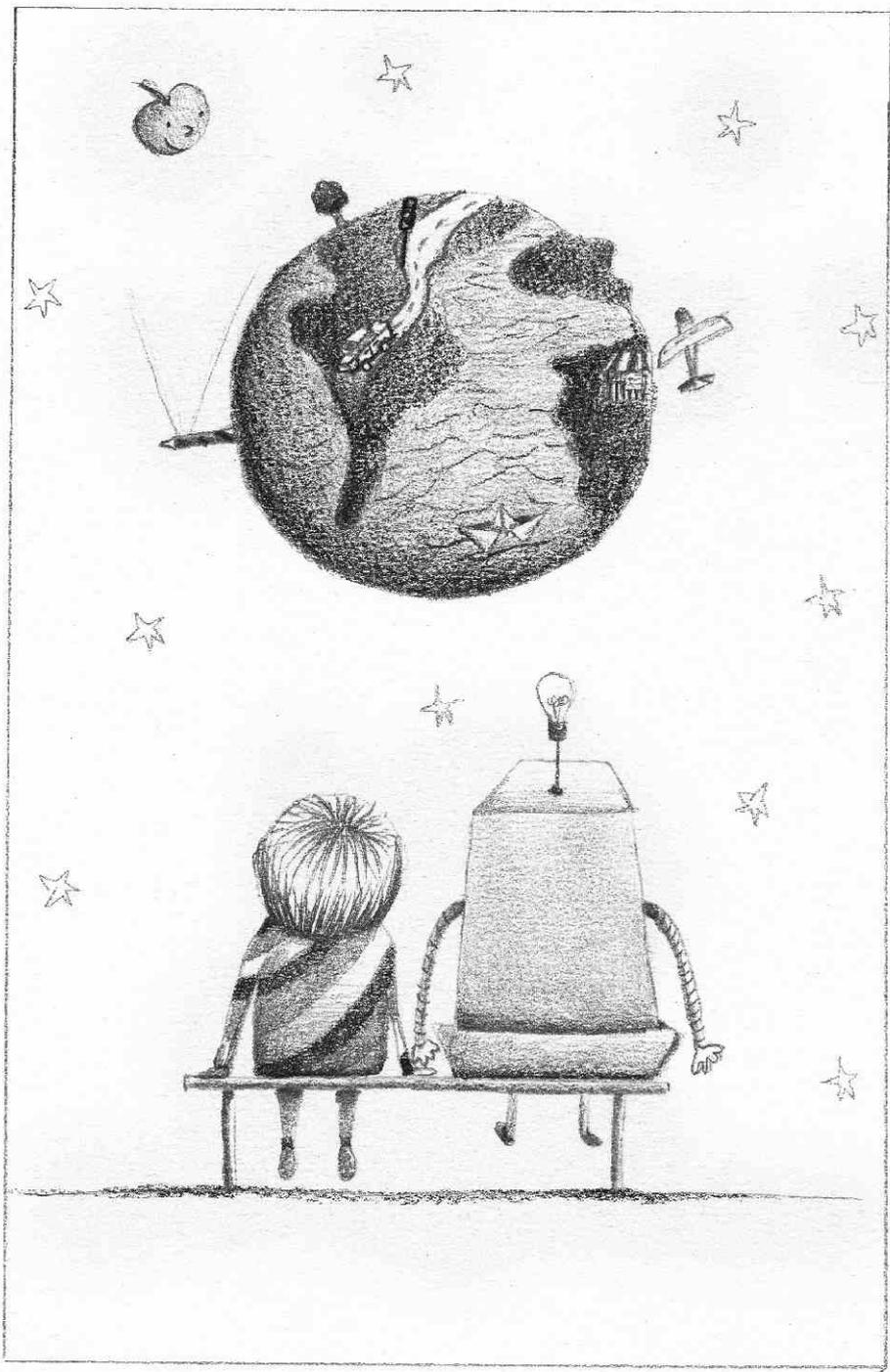
Un escritor que se llamaba Ramón Gómez de la Serna creó un premio para los niños que rompieran cosas muy, muy cursis. A este escritor le gustaban las cosas un poco cursis, pero no las cosas demasiado cursis. Con la poesía pasa lo mismo. Debemos escribir cosas bonitas, pero no demasiado bonitas, porque suenan a mentira.

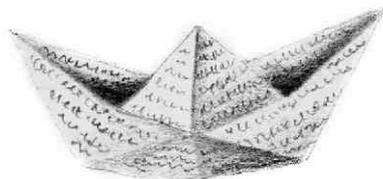
Vamos a hacer una lista de cosas demasiado cursis. Cosas que no deben confundirse con la poesía:

- 1) Un vestido de terciopelo con muchos lazos. (Los pobres niños o niñas que llevan vestidos con muchos lazos no se atreven ni a moverse, para que no se les suelte ninguno).
- 2) Unos zapatos de charol muy brillantes, pero que nos están pequeños. (Las cosas bonitas que dan dolor de pies son una cursilada demasiado cursi).
- 3) Esas porcelanas que hay en las casas en forma de cisne o de dos palomas dándose un beso en el pico. (¡Qué nerviosos se ponen tus padres cuando juegas con una pelota al lado de las porcelanas!).
- 4) Los poemas con diminutivos donde todo es bonito.
- 5) Cuando salgas a la calle, mira los escaparates de las tiendas. Verás cómo puedes hacer una lista muy grande de cosas demasiado cursis.









Aprender a mirar

LO más importante para cualquier artista es aprender a mirar. La poesía siempre nace de una mirada, porque los versos, las metáforas, los adjetivos precisos, las palabras mágicas, los juegos y los cambios de sentido son una forma especial de ver el mundo.

Hay gente que anda por la calle sin curiosidad, con los ojos cerrados y los oídos más duros que una piedra, como si no les interesara nada de lo que pasa a su alrededor. Algunas personas pueden vivir muchos años en un edificio sin enterarse de cómo se llama el perro del vecino, la hija del portero, el señor de la tienda de la esquina. Nunca saben el número de hormigueros que hay en el callejón, ni conocen los árboles del parque que tienen nidos. Cuando entran en una cafetería, no se quedan colgados de las conversaciones de la mesa de al lado. Y mira que son siempre entretenidas las mesas de al lado, con hombres y mujeres que cuentan historias rarísimas de sus familias y parejas de novios que se dan besos y se dicen palabras cursis, a veces demasiado cursis, mirándose a los ojos.

Es muy importante aprender a mirarse a los ojos y aprender a mirar el mundo. Porque tampoco basta con la curiosidad. Los artistas son unos tipos muy curiosos que han aprendido a mirar bien. Los poetas son unos curiosos que han aprendido a mirar bien y a contar lo que han visto con sus propios ojos. Los poetas también miran mucho las palabras que utilizan, pero sobre eso hablaremos luego.

Ahora estamos hablando de la curiosidad y de aprender a mirar bien. Primer consejo: que no se note que estás oyendo o mirando, porque las personas de la mesa de al lado suelen enfadarse mucho y callarse cuando notan que las espiamos. Un indiscreto es un curioso tonto, y nosotros no podemos ser tontos, porque acabaríamos escribiendo en diminutivo sobre los animalitos. Segundo consejo: saca tus propias conclusiones. Hay por ahí mucha gente que va vestida de rey o de explorador de selvas peligrosas o de multimillonario con minas de diamantes... y luego nada de nada. A veces las cosas no son lo que parecen. Podemos llevarnos muchas sorpresas, porque la realidad tiene mucho de teatro y está llena de cambios imprevistos. El verano se hace otoño y hay que volver sin más remedio al colegio, el otoño se hace invierno y debemos encender la calefacción, el frío se vuelve de pronto primavera y los jardines estallan como un petardo de flores y de parejas de novios que se miran a los ojos. Debemos tener cuidado con los disfraces del mundo y con lo que cuenta la gente en la mesa de al lado. Aprender a mirar y a oír significa aprender a sacar nuestras propias conclusiones. Y significa también aprender a darnos cuenta de muchos detalles, de

muchos cambios en el disfraz de las calles y los jardines, que un día se visten de verano y otro de otoño. Ocurren muchas cosas que nos pasan desapercibidas por falta de curiosidad.

Vamos a inventarnos a un niño muy curioso que está aprendiendo a mirar. ¿Qué nombre le ponemos? Juan, le ponemos Juan como su padre, y así nos inventamos también al padre del niño curioso que está aprendiendo a mirar.

Como todos los días que tiene colegio, Juan se ha levantado esta mañana a las ocho menos cuarto. Es muy curioso, un verdadero mirón, así que ha estado mirando la cara de su padre mientras le preparaba el desayuno. ¡Qué ojeras! Su padre no ha dormido bien, seguro, segurísimo, porque cuando no duerme bien se le ponen los ojos como dos charcos de agua morada. Tal vez tiene una preocupación, tal vez estuvo trabajando hasta muy tarde, tal vez estuvo en una fiesta y no se acostó a su hora. El caso es que esta mañana se ha tomado dos cafés, con los ojos como dos charcos de agua morada. Conclusión: el padre de Juan no estará de buen humor, porque la falta de sueño es igual que un enfado que se mete en la cabeza, una travesura del reloj despertador que nos pone la zancadilla y nos hace levantarnos indignadísimos. Juan comprende que hay que actuar con prudencia sin meter la pata: vestirse rápido, desayunar bien, lavarse, hacer la cartera, no olvidarse nada importante, no decir en el coche que hay que volver a la casa a por el libro de matemáticas. Los padres están más regañones cuando se levantan con ojeras.

Juan se ha dado cuenta de que a las ocho y media de la mañana, cuando su padre lo lleva al colegio, hay algunas cosas que se repiten como un tiovivo. El vecino del cuarto saca a su perro a pasear y compra el periódico en el quiosco de la esquina. Son las ocho y media. Una madre con tres niñas sube la calle en dirección a un colegio desconocido. Son las nueve menos veinticinco. Como Juan es muy curioso, se pregunta todos los días por el colegio al que irán las tres niñas. ¿Será el de su primo Carlos, que está en Plaza Nueva?

El semáforo de la plaza siempre se pone en rojo a las nueve menos cuarto. Los mayores cruzan con mucha seriedad y teatro camino de su trabajo, pero si miramos bien descubriremos bastantes ojeras, chaquetas mal abotonadas y zapatos con los cordones desatados. Lo que más le divierte a Juan es ver cómo un señor muy trajeado, con una corbata muy oscura y un maletín de ministro, se pone a correr a las nueve menos trece, porque el semáforo está parpadeando, a punto de ponerse verde para los coches, y él quiere cruzar ya, sin esperar otro turno. Igual llega tarde a su trabajo. También se ve correr a las personas mayores en las paradas del autobús, cuando van a

perder el suyo. ¿A que es raro ver cómo corren las personas mayores por la calle? Si tienen prisa, pierden un poco los nervios y se ponen a correr en traje de chaqueta, sin pantalones de deporte, como si fueran atletas improvisados.

Bueno, son las nueve menos doce y el semáforo está ya en verde. La luz redonda del semáforo en verde se parece al ojo de un padre que ha dormido bien. El semáforo en rojo se parece al ojo de un padre que ha dormido mal. Descubrimos todas estas cosas cuando miramos con atención por la ventanilla del coche.

Y descubrimos otras muchas cosas. La gente pasa por la calle sin fijarse en los letreros de las tiendas antiguas, en los anuncios; en los tablones de madera que cuelgan de las ventanas de las oficinas. En un balcón han colocado este letrero: «Habilitación de clases pasivas». ¿Qué es eso? ¿Tienes curiosidad? Pues pregúntaselo a tu padre, pero será mejor que esperes a una mañana sin ojeras. ¿No te parece? Y ese otro cartel: «Desayunos a diez pesetas». Vaya, ¿de qué época será? ¿Cuánto tiempo hace que cerraron ese café, en el que desayunar costaba diez pesetas?

A las nueve menos diez, Juan y su padre pasan por un edificio antiguo, que tiene en el tejado la estatua de una reina. Es una mujer con una corona, así que será una reina. Grande, fea, como una muñeca levantada en el cielo. Menuda sorpresa el día que la descubrió, porque Juan había pasado cien veces por el mismo sitio sin darse cuenta. Iba con los ojos abiertos, pero no había aprendido a mirar.

Ahora, antes de llegar al colegio, una reflexión muy importante. Los reyes hacen que suenen sus tambores cuando quieren llamar la atención del público. Los conductores tocan el claxon cuando necesitan avisar a los peatones. Los poetas utilizan a veces la rima:

Señoras y señores, atención,
atención, por favor, mucha atención,
que quiero hacerles una reflexión
sobre las hormigas del callejón.

Ahí va la reflexión. Es un ejemplo de animales, pero sin diminutivos. Las hormigas del callejón que hay detrás de la casa de Juan están siempre transportando trozos de comida a su agujero. Juan las ha visto muchas tardes, cuando baja a la calle a tomarse la merienda con sus amigos. Las hormigas no rompen la hilera nunca, no se paran, no tienen tiempo para jugar. Vamos a imaginar que una hormiga se olvidase por un día de la fila, del hormiguero y de la comida, y subiera por el tronco del árbol

más alto del parque hasta llegar a la copa. Si fuese de día, la hormiga descubriría la torre de la catedral, la fuente de Plaza Nueva, las casas altas y viejas de la Gran Vía, el campo de fútbol y el quiosco donde el vecino y su perro compran todas las mañanas el periódico a las ocho y media. Si fuese de noche, la hormiga descubriría la luna, las estrellas, las casas iluminadas y los semáforos.

¿A que merece la pena aprender a mirar?

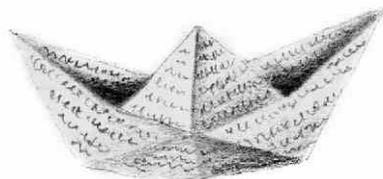
Nosotros hemos terminado la reflexión y Juan acaba de llegar al colegio a las nueve menos cinco. La maestra llega al mismo tiempo, y no tiene ojeras, una señal estupenda de que la mañana será buena y sin regañinas.

A fuerza de mirar, Juan ha descubierto muchas cosas de su ciudad. El mundo parece un reloj, se puede saber la hora cuando vemos al vecino comprar el periódico, cuando la madre sube la calle con sus tres niñas en busca de un colegio, cuando el señor de la corbata seria y el maletín de ministro corre para cruzar el semáforo y cuando el coche pasa por delante de la estatua de la reina.

Otras cosas, sin embargo, cambian. ¿Cuánto tiempo hace que cerraron el café en el que se desayunaba por diez pesetas? Recordadme después que os hable del tiempo, porque es importantísimo para la poesía. Pero ahora vamos a seguir con la mirada.







Seguimos mirando

EL mundo es muy divertido, nos atrapa como un juego porque cambia y se repite y vuelve a cambiar y vuelve a repetirse.

Ahora podemos inventarnos una época del año para Juan y su padre. ¿Empezamos por el mes de septiembre? Se trata de un buen mes. Hay que volver al colegio, eso sí, pero la verdad es que no importa mucho, porque en el fondo apetece ir de nuevo a clase después de tanto tiempo de vacaciones, y gusta ponerse una rebeca por las mañanas, después de tanto calor. El verano es largo, uno se cansa también de la piscina, de la playa, de la montaña, de las carreteras y de los viajes. Apetece volver al colegio, ver de nuevo a los amigos, comprar ropa, libros, cuadernos, rotuladores. Todo está nuevo, limpio, como nuestras ideas, porque al principio del curso siempre decidimos estudiar mucho, tomarnos en serio las clases de inglés y ordenar la habitación por las noches. Luego, según vayan pasando los días, las cosas cambiarán, el colegio se hará pesado, nos cansaremos de ver a algunos compañeros, los libros perderán su sonrisa de amigos recién conocidos y la habitación estará demasiado loca, no habrá quien sepa ordenarla. Ordenar habitaciones puede ser algo muy cursi.

Juan y su padre se levantan en uno de los últimos días de septiembre. Hemos visto que el padre de Juan tiene ojeras, porque no ha dormido mucho. Si nos fijamos ahora en Juan, veremos que está alegre, que no ha protestado ni una sola vez, que actúa de manera prudente con su padre. Y es que, claro, estamos todavía en septiembre, no le ha dado tiempo a cansarse del colegio, deja la cama sin protestar, no se pelea con el armario ni con el desayuno y mira encantado la ciudad, de buen humor, riéndose de las corbatas que corren para no perder el autobús.

El cielo está azul, aunque un poco más serio que en el mes de agosto. El cielo de agosto es tan azul como el mar de julio y agosto a las doce de la mañana. El cielo de septiembre se parece al mar de las siete de la tarde, cuando le dice adiós a los bañistas con sus olas, que parecen pañuelos blancos, y se pone un albornoz azul oscuro, para sentarse a esperar el pijama negro de la noche. El cielo de septiembre se levanta con el mismo albornoz y los árboles del parque le dan los buenos días, muy peinados y vestidos con una camisa verde, limpia, bien remetida por sus pantalones, quiero decir, por su tronco.

Estamos en septiembre, pero el tiempo pasará poco a poco y Juan descubrirá muchos cambios en la ciudad. Cuando él se cansa de ir al colegio, notará que el cielo, cansado también del albornoz azul, empezará a levantarse con distinta ropa, caprichos de la moda otoñal, modelitos de tela gris, de tela negra con nubes, trajes color violeta, chaquetas tristes con adornos de tormenta. Los aviones que cruzan el cielo del otoño ruedan en forma de lágrimas.

Los árboles del parque organizarán una fiesta de disfraces. Primero se vestirán de reyes, con unas grandes capas de terciopelo rojizo. Luego se pondrán unas grandísimas barbas amarillas, cada vez más sucias, para imitar a los mendigos viejos que piden limosna mientras murmuran que están enfermos. Las hojas de los árboles enfermos saltarán de las ramas y viajarán por el aire, como si fuesen gaviotas amarillas, y luego bajarán al suelo, como palomas que nos piden de comer.

Así llegará el invierno, con las hojas de los árboles disfrazadas de palomas que se comen el barro de nuestros zapatos. Abrir la puerta de la calle será entonces como abrir la puerta de la nevera. El cielo parecerá una caja de pizza congelada y los árboles guardarán silencio en el parque, muy compungidos y antipáticos, como los frascos de jarabe para la tos en la mesita de noche. La lluvia jugará con la ciudad, saltará de un día a otro como un delfín simpático y maleducado. Las personas mayores tendrán que correr por las calles para no mojarse, estarán siempre a punto de perder el bus. Los charcos le darán la vuelta al mundo y podremos ver arrastradas por los suelos, gracias a los reflejos del agua, muchas que parecen altas e intocables: las copas de los árboles, las casas, los letreros de las tiendas, las torres de la catedral. Las casas de los charcos tiemblan mucho, parecen niños con miedo, niños con fiebre que deben ponerse una inyección.

A Juan le gustan los días de lluvia. En el coche de su padre, camino del colegio, piensa que va dentro de una película de ciencia-ficción. Los cristales empañados de las ventanillas, las gotas de agua, los limpiaparabrisas en movimiento, el humo del tubo de escape de los coches, la niebla, la atmósfera cerrada y el rumor acuático hacen que todo resulte brumoso, incierto, como los efectos especiales de un sueño o de una película de ciencia ficción.

Finalmente volverá la primavera. Los árboles se quitarán su abrigo gris y adornarán su piel con maquillaje verde. Un verde poco parecido a la piel de los marcianos, un verde saludable, luminoso, vegetal, como las palabras «abril» y «mayo». El cielo llamará a los pintores para que le den una buena mano de pintura, un azul poderoso que tape las manchas y los desconchones del frío. Y cuando los pintores del cielo terminen su trabajo, llegarán otra vez los exámenes finales, las vacaciones, las piscinas, y Juan dejará de levantarse a las ocho menos cuarto de la mañana.

El mundo nos atrapa como un juego. La vida nos divierte a fuerza de repetirse y de cambiar, de cambiar para repetirse y de repetirse para cambiar. Si aprendemos a mirar bien, nos divertiremos mucho con la vida.

Y atención, mucha atención,
viene otra reflexión.

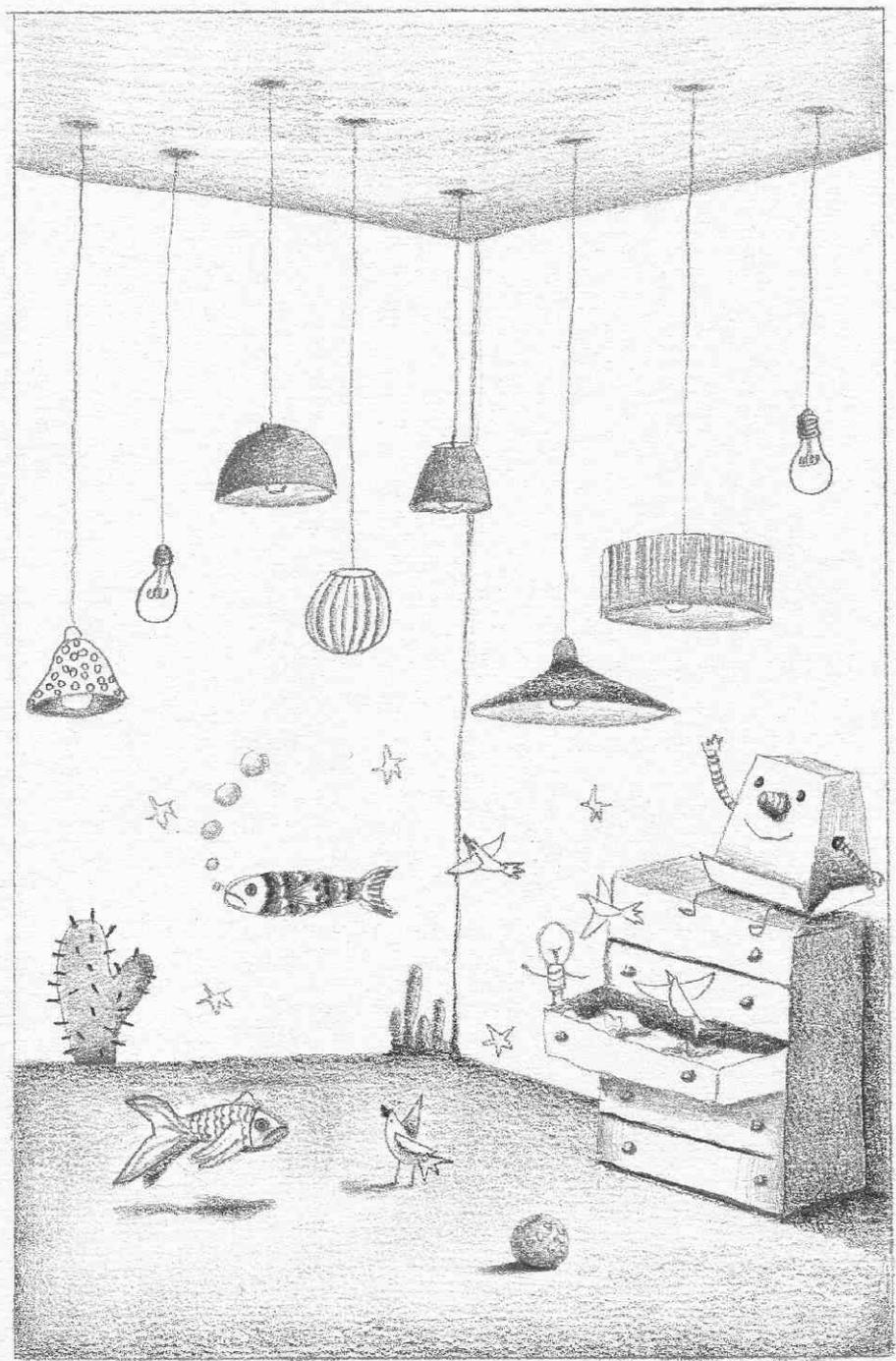
Con la vida pasa como con un deporte, como con el fútbol o el baloncesto. Cuando conocemos los fundamentos del deporte, nos divertimos mucho con él. Lo

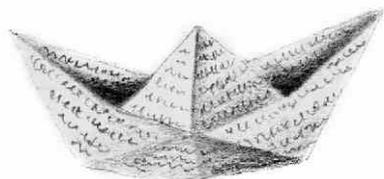
pasamos muy bien en un partido cuando entendemos las reglas, cuando sabemos lo importante que es pasar la pelota al compañero, desmarcarse, abrir huecos, jugar sin balón, buscar una buena posición para tirar. Aquellos que no conocen las reglas dicen que el fútbol y el baloncesto son aburridos, pero los aburridos son ellos, porque sólo ven a unos jugadores haciendo el tonto, corriendo detrás de una pelota y sudando. ¡No saben mirar!

Ocurre lo mismo con la vida. Si aprendemos a mirar, si llegamos a conocer sus fundamentos, su técnica, sus reglas, nos lo pasaremos muy bien, nos daremos cuenta de casi todo y podremos sacar nuestras propias conclusiones.









Ya sabemos mirar

DESPUÉS de tomarnos en serio la mirada, podemos entender mejor a los poetas y comprender algunas de las palabras que utilizan los profesores cuando hablan de poesía. Son palabras difíciles, pero ya hemos aprendido a mirar y somos capaces de comprenderlas. Ahí van: metáfora, prosopopeya y metonimia. Vamos a repetir las para perderles el miedo: metáfora, prosopopeya y metonimia.

Las metáforas entran en la cabeza a través de los ojos. ¿Qué es una METÁFORA? Pues algo que descubre un poeta después de haber aprendido a mirar. Hay cosas que se parecen entre sí, podemos cambiar sus nombres, jugar con las imágenes, disfrazar el mundo que nos va entrando por los ojos.

Pensemos, por ejemplo, en una mañana de invierno. Nosotros hemos visto que cuando hace frío el parque amanece cubierto de escarcha. La tierra está vestida de una finísima piel de agua helada y en las flores hay pequeñas gotas de rocío. Después de haber mirado mucho al parque, con las mañanas de invierno en la memoria, podemos escribir:

Los cristales del invierno
sobre la tierra y las flores...

La escarcha y el rocío recuerdan a los cristales. Esta metáfora la han utilizado mucho los poetas. ¿Y para qué sirve una metáfora? ¿Es que la poesía es un juego de adivinanzas? ¿Se trata sólo de llamarle cristal a la escarcha o globo de fuego al sol, o pez de plata a la luna reflejada en un lago, para que los lectores adivinen lo que estamos diciendo? Las metáforas sirven para otra cosa mucho más importante, porque nos explican el estado de ánimo con el que miramos el mundo. Podemos hablar de la escarcha según nuestra alegría o nuestra tristeza. Vamos a hacer una lista de cosas que se parecen a la escarcha y que nos permiten explicar nuestro estado de ánimo.

Si estamos tristes:
Las lágrimas del invierno
sobre la tierra y las flores.

Si estamos alegres:
El azúcar del invierno
sobre la tierra y las flores.

Si nos sentimos cariñosos:
El algodón del invierno
sobre la tierra y las flores.

Si estamos muy pacíficos:
La paloma del invierno
sobre la tierra y las flores.

Si queremos ser un poco antiguos:
La túnica del invierno
sobre la tierra y las flores.

Y si queremos ser modernos:
El plástico del invierno
sobre la tierra y las flores.

A veces resulta divertido intercambiar el nombre con un buen amigo y jugar durante toda una tarde a ser él: tratar a su madre como si fuera la tuya, merendar lo que a él le gusta, utilizar sus palabras, las frases que siempre repite, cantar sus canciones, hacerte de su equipo de fútbol. Es una manera de divertirse, pero también sirve para conocer mejor a tu amigo, para demostrarle que te has fijado en él. Y es un modo de conocerte mejor a ti mismo, de saber en qué te pareces a los demás y en qué te diferencias. Podemos imaginarnos muchos cambios: ¿Cómo se siente una niña? ¿Cómo se siente un niño? ¿Cómo se sienten un padre o una madre? ¿Cómo se siente un hermano pequeño? ¿Cómo se siente un perro? ¿Cómo se sienten un pájaro, un coche, un barco, un árbol...?

Con las palabras ocurre igual. Cuando hacemos metáforas, cuando cambiamos una cosa por otra, aprendemos mucho del mundo, de los demás y de nosotros mismos. Y es que hay cables, puentes, conexiones secretas entre las cosas y nuestros ojos. Si dormimos bien, los números del reloj nos despiertan con una sonrisa. Si dormimos mal, le salen uñas de gato feroz a los minutos, y nos arañan la cara hasta que el agua y el desayuno caliente vuelven a tranquilizar la situación.

Las cosas dependen de la forma en que las miramos nosotros, hablan por teléfono con nuestra intimidad, conocen nuestros secretos, los rincones de nuestro armario. Los libros de texto están alegres al principio de curso porque saben que en el fondo nos apetece volver al colegio. En el mes de febrero se quedan un poco más tristes, como los bolígrafos, como los lápices de colores, porque notan que echamos de menos las vacaciones, la piscina y la arena de la playa. Por eso las metáforas no son una adivinanza, sino un modo de entendernos mejor.

Como nuestros ojos y nuestros sentimientos están siempre por medio, es normal que los poetas vuelvan humano todo lo que ven y hablen de las cosas como si fueran personas. El otoño es un señor muy serio, con una barba llena de hojas amarillas y un paraguas de color gris. La primavera parece una mujer joven y llena de alegría con un vestido de flores. A los árboles del parque les gusta mucho el atletismo y por eso aplauden con sus grandes ramas cuando pasa corriendo el viento. La cigüeña es una profesora de filosofía que siempre está muy pensativa en su nido. Las piedras de la calle se aburren mucho porque no pueden moverse y esperan una patada de cualquier niño para viajar de un sitio a otro.

El recurso que utilizamos los poetas cuando hablamos de los animales y de las cosas como si fueran personas se llama PROSOPOPEYA. Vamos a repetirlo para perder el miedo a la palabra: prosopopeya. Es lo mismo que decir PERSONIFICACIÓN.

A la hora de escribir y de explicarse, los poetas tenemos más recursos, porque queremos aprovechar todo lo que nos entra por los ojos. No os asustéis tampoco de esta nueva palabra. Ahí va: METONIMIA. Vamos a repetirla también para perderle completamente el miedo: metonimia.

Hay cosas que están siempre juntas, tan juntas que acaban contagiándose entre sí. Un amigo muy alegre nos contagia la alegría. Un amigo muy triste acaba pintándonos la cara con el color de las flores tristes, hasta que parecemos pétalos secos en un jarrón. Pasa lo mismo con las cosas del mundo, se contagian sus alegrías, su tristeza y su significado. Así podemos escribir sobre una cosa, pero utilizando el nombre de algo que siempre está a su lado. Eso es una metonimia.

Hay dos cosas que tienen casi todos los abuelos: experiencia y canas. Como han vivido muchos años, han aprendido a mirar muy bien, tienen recuerdos lejanos, pueden hablarnos de otra época, conocen el cuento del pasado, el precio antiguo de las cosas, las marcas de los primeros coches, las casas viejas que se derribaron hace tiempo, y todos los rincones extraños de la familia, todos los tíos, los primos remotos, los parientes lejanísimos. Saben mucho y tienen el pelo blanco, porque a los ancianos se les cubre la cabeza de nieve. Como las canas están al lado de la sabiduría, podemos resumir nuestras explicaciones, y hablar de «las canas de la sabiduría», en vez de soltar un largo discurso sobre lo mucho que saben los viejos y lo blanco que tienen el pelo. Aplicamos a una cosa el significado de lo que está cerca. Cuando decimos que nos vamos a beber un vaso de agua, no queremos afirmar en realidad que nos beberemos el vaso, sino el agua que hay dentro del vaso.

Los poetas resumimos mucho, y con sólo nombrar una parte lo decimos todo

Estoy enamorado
de aquellos ojos verdes.

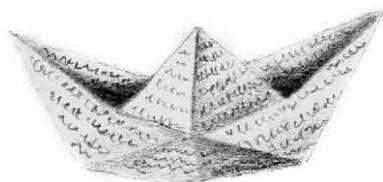
Entendemos enseguida que el poeta no está enamorado sólo de los ojos, sino de la mujer que tiene aquellos ojos verdes. Pero entendemos también que los ojos verdes son una de las cosas que más le gustan de la mujer a la que quiere. Pocas palabras pueden decir mucho.

Hay gente que necesita darse explicaciones largas, utilizan muchas palabras, hablar, hablar y hablar como cotorras para contar un secreto, una situación, una historia. Otras personas se conocen tanto que sólo les hace falta una mirada para entenderse. La poesía necesita pocas palabras.

La metáfora, la metonimia y la prosopopeya, esas palabras tan raras, son simplemente los lazos de complicidad que hay entre el poeta, el lector y el mundo. A nosotros nos basta una mirada para entendernos.







Leer en voz alta

AHORA puedes leer algunos poemas. Quiero que los leas en voz alta, mirando las palabras, no sólo las letras. Fíjate en lo que dicen y en las imágenes que flotan sobre los versos, igual que una barca sobre un lago.

Como ya sabes mirar y comprendes que las cosas esconden muchos detalles, podemos incluso jugar con los animales y con los diminutivos sin parecer tontos. Piensa en las épocas del año, en el gato abrigado de los sábados de invierno, que duerme siempre la siesta a las cuatro de la tarde; en las gaviotas amarillas del otoño y en el alacrán de hielo con uñas de diciembre, avergonzado ante los limones de la primavera. Piensa también en las estrellas luminosas del verano que aguardan la noche para bañarse en las piscinas.

Llama a tus padres, siéntalos en la cama de tu cuarto. Si te oyen leer los poemas, podrás preguntarles todo lo que no comprendas. Las palabras de los poemas suelen hacernos muchas preguntas, y tus padres te ayudarán a responderlas. ¿En qué se parecen una ventana y una frontera? ¿Por qué caminan las campanadas del reloj con pasos de perro San Bernardo durante los fines de semana? ¿Cuándo empieza a hacer gimnasia el sol en los tejados? ¿Cuándo dejan los coches de tener secretos? ¿Cómo puede una estrella bucear por debajo de los cipreses? ¿Es verdad que el otoño se afeita la barba en el mes de noviembre?

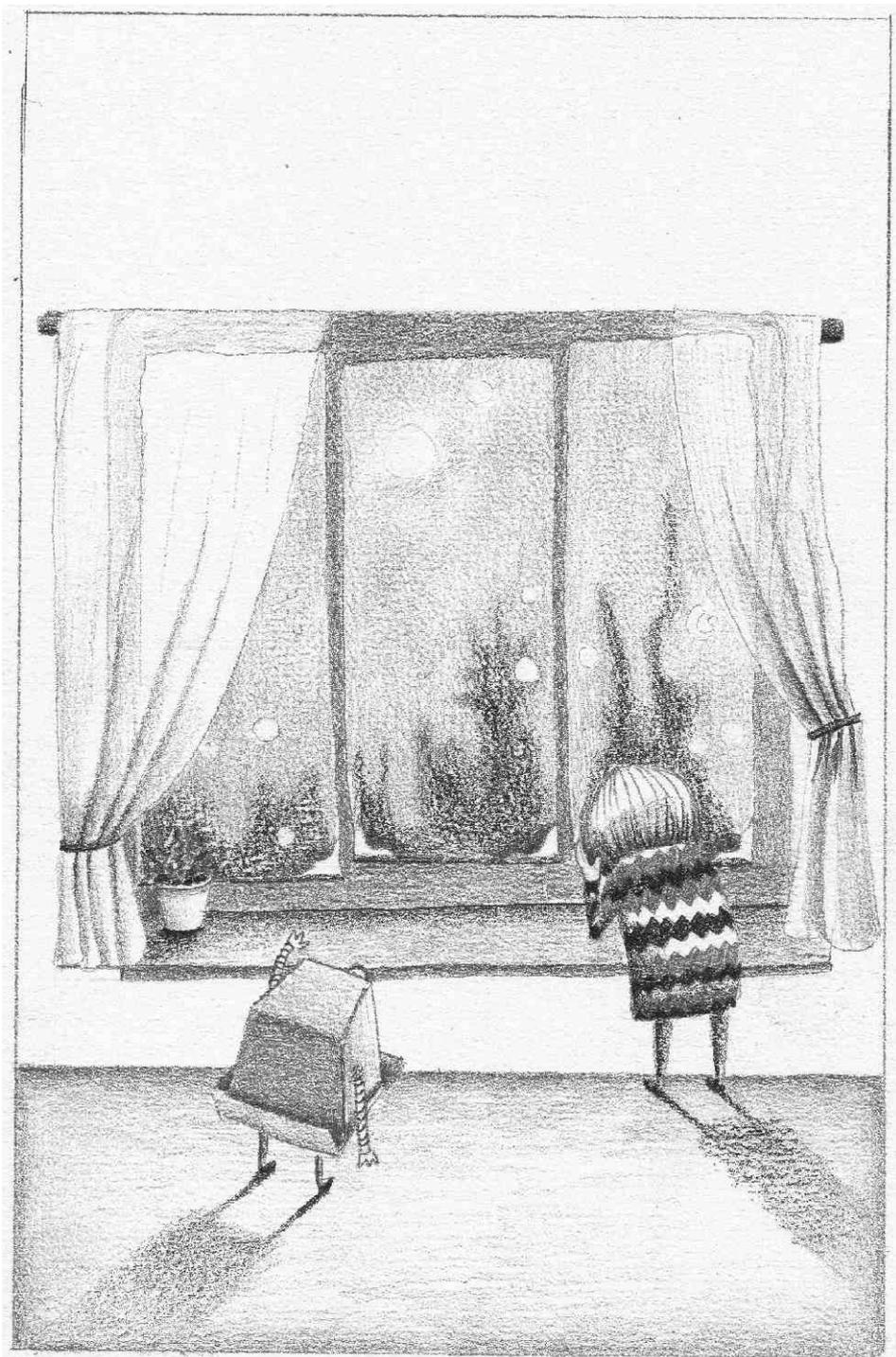
Si tus padres están muy ocupados y no tienen tiempo para leer contigo los poemas, no te preocupes, porque hay soluciones. Coge tus muñecos, tus soldados, tus caballos de plástico, las figuras de madera que encuentres por la casa, las fotografías que más te gusten, la hucha con cuerpo de cerdito, y forma con todos ellos un gran teatro. Invítalos a ser tu público, el respetable público que oirá los poemas. Lo importante es que leas en voz alta y que atiendas a las imágenes, a las preguntas, a los secretos que hay en las palabras.

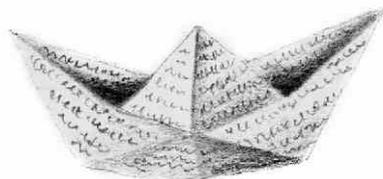
Puedes también grabarte en un magnetófono y convertirte luego en público, oyendo lo que has leído. El diccionario define al magnetófono como si fuese una novela de aventuras: «Aparato que transforma el sonido en impulsos electromagnéticos que imantan un alambre de acero o una cinta recubierta de óxido de hierro que pasa por los polos de un electroimán. Invertido el proceso se obtiene la reproducción del sonido» ¿A que parece un cuento misterioso o un poema surrealista? La ciencia se comporta a veces con muchísima imaginación. El magnetófono o el radiocassette que tienes en tu cuarto consiguen congelar las

palabras, son como una nevera de nombres, preposiciones, verbos y adjetivos. Para que no se pudran en el viento, las guardan hasta que tú quieras escucharlas. Así que puedes leer en voz alta, sentarte entre tus muñecos y convertirte en público.

Ensaya primero y luego... aprieta el botón. ¡Distinguido público, vamos a leer cuatro poemas sobre las estaciones del año!







El invierno

Sábado por la tarde.

Son las cuatro.

En la mesa dos tazas de café
y en la televisión un videojuego.

Mientras los padres hablan y recuerdan
historias del pasado,
un luchador derrota a su enemigo
y pasa la pantalla.

La mano inteligente de la calefacción
acaricia los libros de la casa,
las cortinas de paño,
el equipo de música,
los almohadones rojos del sofá
donde se duerme el gato de la tarde.

Las cinco campanadas del reloj
guardan ecos de lana
y pasos muy tranquilos
de perro San Bernardo.

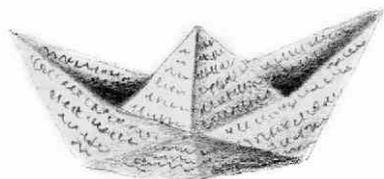
En la calle hace frío,
mucho frío.

Detrás de la ventana pasa el viento.









La primavera

El sol de marzo camina
sobre las huellas del frío
para despertar las ramas
de los árboles dormidos.

La flauta de Irene busca
el calor de sus amigos.

El sol de abril sueña espigas
doradas en la pradera
y el alacrán del invierno
se muere de la vergüenza.

La flauta de Irene busca
limones y hierbabuena.

El sol de mayo suspira
porque no hay aparcamiento,
mientras los coches que pasan
dejan de tener secretos.

La flauta de Irene busca
gasolina para un beso.

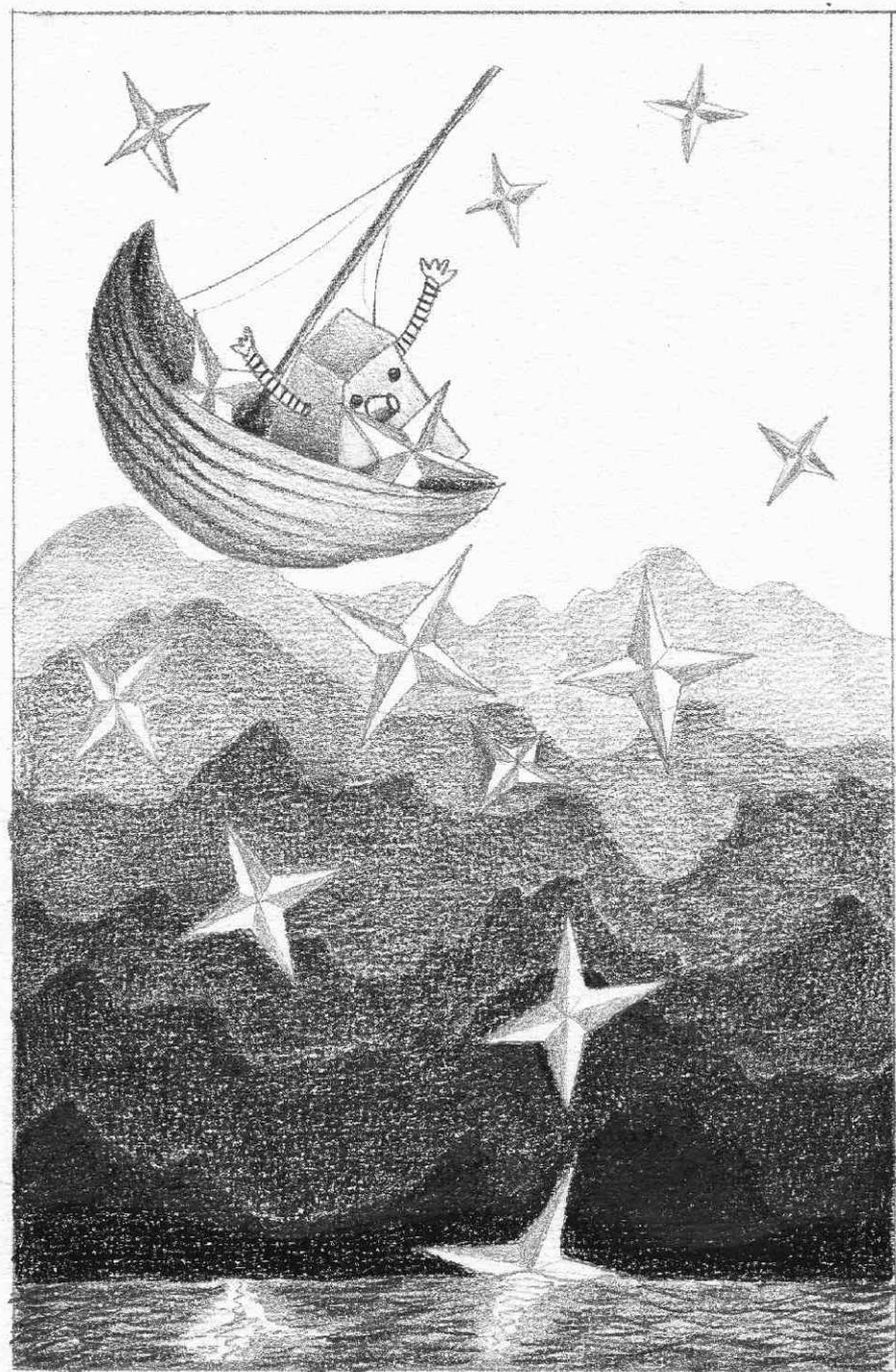
El sol de junio parece
deportista en los tejados.
No para de hacer gimnasia
entre las doce y las cuatro.

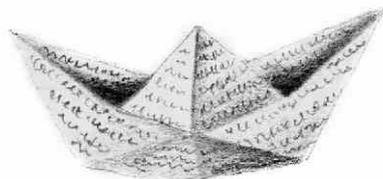
La flauta de Irene busca
el patio de los naranjos.

Y cuando las cazadoras
se pierden en el recreo,
y un rumor de malas notas
solivianta, a los colegios,

la flauta de Irene duerme
aprobada por el viento.







El verano

Las estrellas se citan en el cielo,
cogen el ascensor
y bajan lentamente a la piscina.

Sobre las nueve y media
iluminan el agua,
nadan sobre el reflejo de los álamos,
bucean por debajo del ciprés
y juegan a subirse al barco de la luna.

Las estrellas bañistas no utilizan
gafas de sol. No usan bronceadores,
ni beben coca cola.
Solamente navegan con sus cuerpos desnudos.

Si las estrellas bajan a la tierra
para bañarse en las piscinas,
yo me pregunto entonces:
¿qué vemos por la noche
nosotros en el cielo?

Hay quien piensa que todas las estrellas,
para poder bajarse a la piscina
sin que nadie lo note,
cubren el cielo de papel de plata,
de caminos de leche
y de fuegos de azúcar.

Yo no lo sé. Pero en algunas noches
hermosas de verano,
mientras el mar se duerme y las ciudades

apagan sus ventanas,
se me enciende una luz,
y pienso seriamente en las bombillas.

Cansadas de estar quietas,
de los ruidos y el humo de las motos,
las bombillas se van de vacaciones,
cogen el ascensor
y suben lentamente hasta los cielos
con ropa de turistas.

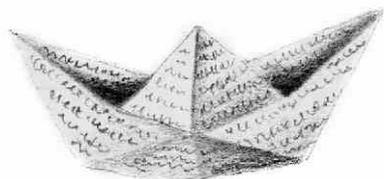
Sobre las nueve y media,
flotando en el espacio,
ocupan el lugar que dejan las estrellas.

Entonces me pregunto:
si las bombillas suben hasta el cielo,
cansadas de estar quietas,
¿qué vemos al entrar en las ciudades?,
¿quién pinta las farolas?,
¿quién alumbra las calles y las casas?

Las preguntas que caben en un verso
tienen color de estrellas y verano.
No quieras responderme todavía.
Hay cosas que se aprenden con los años
y respuestas que sólo conocen los poetas.







El otoño

El otoño es un barco que navega
con abrigos, silencios y paraguas,
sobre los parques y las arboledas.

¡Gaviotas amarillas!
Son las hojas que vuelan
y caen lentamente
hasta pisar la tierra.

El cielo frío se parece al humo
de los barcos sin velas
que dibujan el sueño de los vientos
con los pinceles de sus chimeneas.

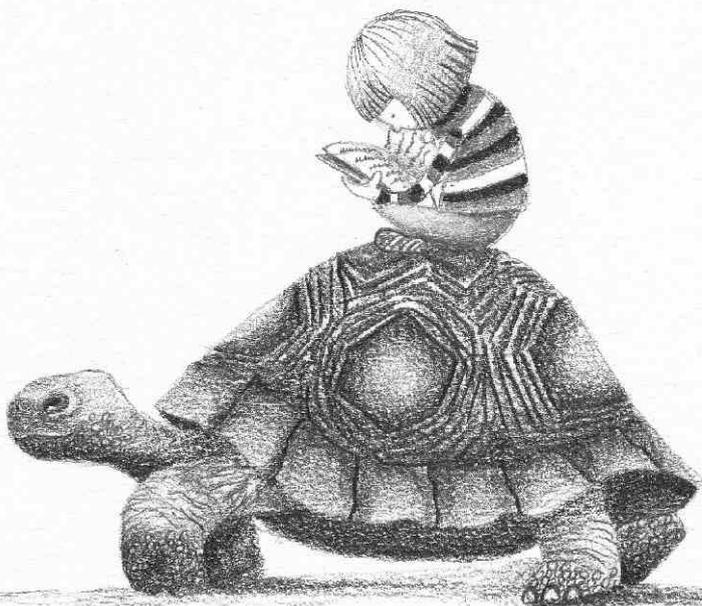
Yo soy el marinero del otoño.
Mira mi barba seca
y las bellas gaviotas melancólicas
volando en mi cabeza.

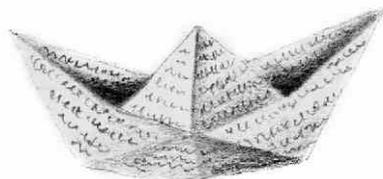
En la orilla dormida de la tarde
hay olas de silencio y de tristeza.

Por las ramas desnudas,
por el agua secreta,
por los abrigos grises,
el otoño navega
como un barco perdido
sobre las arboledas.









El tiempo

OTRA cosa muy importante para escribir poesía, casi tan importante como aprender a mirar, es la conciencia del tiempo. Las personas mayores piensan que solamente ellas comprenden la melancolía, la nostalgia y los sentimientos temporales, porque resulta imprescindible cumplir muchos años para emocionarse delante de un atardecer, una fotografía o un reloj. Pero no es verdad. Los niños mantienen también sus conversaciones con el tiempo y esconden a veces una gota de melancolía en los ojos. Los niños saben que los números del reloj no siempre se comportan igual, que dependen de nuestro sueño, nuestra alegría o nuestra prisa. Y saben que en los almanaques duermen los recuerdos, las metáforas más importantes de la vida.

Podemos comprobarlo inventándonos la historia de una niña. ¿Cuál será su nombre? ¿Marisa? ¿Antonia? ¿Elisa? ¿Irene? ¿Maribel? Lo bueno de escribir nuestros propios poemas y nuestros cuentos es que tenemos las manos libres para decidir muchas cosas: las palabras que empleamos, la época del año, el nombre del protagonista, el color de su pelo, lo que ocurre cuando uno se levanta y lo que sueña al dormirse. La literatura es un colegio inmenso en el que nosotros hacemos casi todo lo que nos da la gana, porque somos a la vez el profesor, el alumno, el director, el cocinero y el camión de la limpieza. Nosotros ponemos las reglas, los temas de la clase, los deberes y las notas. Como ya hemos aprendido a mirar, ahora tenemos que acostumbrarnos a decidir.

La niña que vamos a inventarnos se llamará Maribel, bueno no, mejor Elisa, no, no, mejor Maribel. Ya está, se llamará Maribel.

Mañana vuelve al colegio, después de unas vacaciones larguísimas en las que ha escrito muchas cartas. Su mejor amigo, su compañera en la clase, la niña con la que intercambia el nombre, la merienda, la ropa y los deberes, se ha ido a vivir fuera, a otra ciudad, nada menos que a París, porque su padre es diplomático y lo han destinado allí, a cientos, a miles de kilómetros. La amiga de Maribel, Rosa, vivirá ahora en París, en una ciudad con otro otoño, con otro invierno, con otros colegios, con otros perros.

Bastaba una mirada para que Maribel y Rosa se entendiesen. Con los ojos se decían todo, la mentira que había que contar, la travesura que debían esconder, las ganas de merendar o de jugar o de salir corriendo cuando aparecía Ernestito, el niño más antipático y creído de la clase, que anda como si fuese un pingüino y pone un trozo de invierno en cada palabra.

A Maribel le da rabia pensar que se ha quedado sin su mejor amiga- No sabe con quién se sentará este curso, quién va a invitarla a dormir en su casa, con quién hará los trabajos de geografía y los problemas de matemáticas. A Maribel le da ahora mucha rabia darse cuenta de una cosa, un detalle que parece una tontería, pero que es tan grande como una ciudad, como el río Sena y como la Torre Eiffel y como los Campos Elíseos. Maribel decía antes: «Rosa me comprende con sólo mirarme a los ojos, sabe enseguida lo que quiero». Sin embargo, ahora, cuando se encierra en su cuarto y se pone a recordar, Maribel piensa: «Rosa me comprendía con sólo mirarme a los ojos, sabía enseguida lo que yo quería». No es lo mismo decir «sabe», que decir «sabía». No es lo mismo el presente que el pasado. Y es que las cosas cambian, van pasando como los días de vacaciones, como las semanas y los años. Maribel está triste porque Rosa se ha ido, pero también está deseando que pase el tiempo, que pasen septiembre, octubre y noviembre, porque sus padres le han prometido llevarla a París, para que vea el río Sena, la Torre Eiffel y sobre todo a Rosa, en cuanto lleguen las vacaciones de Navidad.

Cuando Rosa tenía que irse a París, Maribel quería que los relojes fuesen muy lentos, que el tiempo andará por los minutos y los números como una tortuga viejísima. Ahora quiere que los relojes corran como un caballo, que salten por encima de los números y los meses, porque tiene ganas de llegar a París lo antes posible. Mañana irá al colegio con una tristeza y una alegría, con la pena de no ver sentada a Rosa en su mesa y con la ilusión de pasear con ella dentro de muy poco por las calles de París.

Maribel irá al colegio con otras preocupaciones. Este año hace sexto, así que la cambiarán de profesor. Don Miguel se queda con los niños de quinto, porque en sexto sólo da clase la Señorita María José. ¿Cómo será la Señorita María José? ¿Mandaré muchos deberes? ¿Suspenderá más que Don Miguel?

La verdad es que da mucha rabia que las cosas terminen, pasen, se vayan sustituyendo unas a otras. Pero tampoco podemos quedarnos siempre en la misma clase, aburriéndonos con la misma lección, como si no nos diéramos cuenta de que los

años pasan y los zapatos antiguos nos aprietan cada vez más. La alegría de los nuevos amigos llega con la tristeza de los amigos antiguos que se van a vivir lejos. La ilusión del nuevo curso, de estar en sexto, de crecer, de saber más cosas, se empaña un poco con la melancolía de lo que dejamos atrás, de nuestras antiguas sillas, cada vez más pequeñas, cada vez más lejanas en el tiempo.

Las personas mayores están muy equivocadas cuando piensan que sólo los viejos saben lo que es el tiempo. Los niños también, y si no que se lo pregunten a Maribel, la niña que nosotros hemos inventado para hablar de la tristeza y de la alegría de los relojes.

En los capítulos siguientes volveremos a hablar de Maribel, porque la mirada de los poetas está llena de tiempo. En cada pupila esconden un diminuto reloj de arena que salta y ríe y se pone triste y vuelve a saltar y a cantar sobre el mundo, las fotografías, los amigos que se van, los que regresan y los que ya no vuelven nunca. Aprender a mirar significa descubrir cómo pasa el tiempo sobre las cosas, cómo llega, cómo se va, cómo se para un momento para sonreírnos.

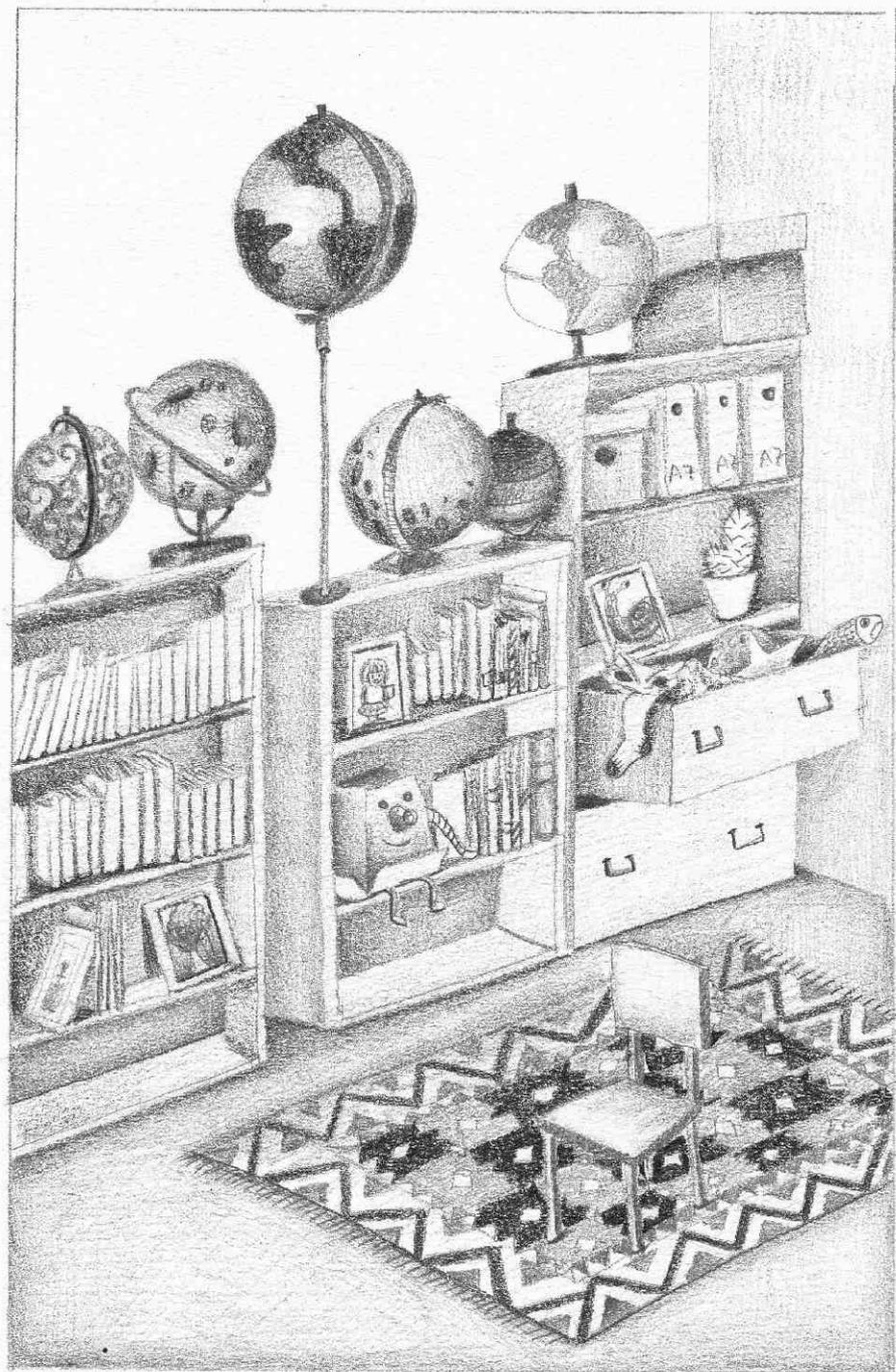
Seguro que cuando nosotros empezamos a hablar de poesía pensabas que lo más importante era aprender a rimar. Ahora sabes que es mucho más importante aprender a mirar y descubrir lo que significa el tiempo.

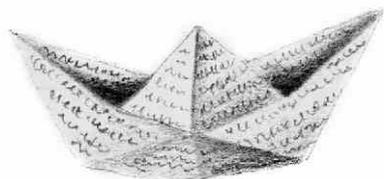
Sabes más cosas sobre la poesía, porque tú has decidido pasar tu tiempo leyendo este libro.

A los poetas nos interesa el tiempo, porque todos estamos hechos de tiempo.









Más cosas y más tiempo sobre el tiempo

A Maribel no le gusta ir de compras. Cuando llegan los cambios de temporada, su madre empieza a tocar el tambor de guerra, saca la ropa del armario, comprueba si está demasiado vieja o si se le ha quedado pequeña, hace cuentas y escribe una lista de todo lo que falta. Escribir sirve para que las cosas no se olviden, y a la madre de Maribel no le gusta olvidarse de nada. Por eso escribe largas listas de todo lo que tiene que comprar cuando sale a la calle.

¿Cómo llamaremos a la madre de Maribel? Mari Carmen, le vamos a llamar Mari Carmen, una mujer rubia, alta, que se vuelve loca solamente dos días al año. El primer día de locura suele estallar a mitad de junio. Mari Carmen abre los armarios, baja las maletas, revuelve los cajones y empieza a buscar los bañadores, los pantalones cortos, las sandalias, las camisetas. ¿Os habéis fijado en lo tranquilos que están los bañadores durante el invierno, escondidos en un rincón del armario? Lo mismo ocurre con algunas palabras y con algunos recuerdos, que están muy tranquilos en un rincón de la memoria, esperando que el poeta las busque. Los bañadores parecen al principio un poco tímidos, pero enseguida se acostumbran a la luz y se disponen a disfrutar del verano, igual que las palabras y los recuerdos que salen de la oscuridad para meterse en un poema. Claro que antes hay que probarse los bañadores, porque a veces están viejos, descosidos o se han quedado pequeños. Igual, igual, ocurre con las palabras a veces tenemos que borrarlas después de probárnoslas, porque son antiguas o se quedan pequeñas. Los recuerdos son más flexibles, como una tela que encoje o se ensancha según nuestras necesidades. Los recuerdos siempre son útiles al salir del armario.

El caso es que a Maribel no le gusta nada probarse la ropa. Y se pone a temblar cuando su Madre la llama, con tambores de guerra en la voz y toda la ropa del verano pasado sobre la cama. Pruébate ésto, y ésto, a ver cómo te quedan las sandalias, y este bañador, y la falda, y la cama amarilla, y aquella camiseta con la fotografía de ese cantante que te gustaba mucho el verano pasado. Maribel se pone nerviosa al tener que vestirse y desnudarse como un robot, al tener que probarse unas sandalias que ya sabe que le van a estar pequeñas, al ver la camiseta de ese cantante que ahora le parece un cursi. Rosa y Maribel ya habían decidido una tarde del invierno pasado olvidarse de un cantante demasiado tonto.

- ¡Esta camiseta no me la pienso poner!
- Pues anda que no diste guerra el año pasado para que te la compráramos.
- Bueno, eso fue el año pasado.

Después viene el segundo capítulo del primer estallido de locura, cuando la madre de Maribel coge el camino de El Corte Inglés con la palabra «equipar» en la boca. Hay que equiparse para el verano, lo que significa que Maribel tiene que probarse cien bañadores, cien camisetas, cien sandalias, camisas y pantalones vaqueros. Un jaleo de escaleras mecánicas, probadores, colas, cajeros y dudas. Lo peor son las dudas, porque Maribel nunca sabe con qué bañador quedarse, qué sandalias le gustan más, y acaba enfadándose con su madre.

- Maribel, tienes que decidir tú.
- No me gusta ninguno, no quiero ninguno.
- Pues el del año pasado te gustaba mucho y también era rojo.
- ¡Eso fue el año pasado!

Es un latazo decidir, pero resulta más grave enfadarse definitivamente con su madre y que sea ella la que acabe escogiendo el bañador que llevará durante todo el verano. Las vecinas pijas de la playa parecen tontas con los bañadores que les compra su madre, llenos de animalitos y de diminutivos.

— Está bien, ese bikini amarillo del pato Donald no me gusta nada, prefiero este bañador verde.

La segunda locura del año le entra a Mari Carmen durante los primeros días de colegio. ¡Hay que equiparse! Zapatos de infierno, jerseys, un impermeable, un abrigo, escaleras mecánicas, probadores, la vergüenza de decir que no te gusta una cosa cuando el vendedor mira y remira fijamente con ojos de tiburón furioso. Comprarse vestidos nuevos está bien, pero es un latazo probárselos, decir que no, que sí, aguantar las manías de los mayores, ir a las tiendas el lunes a la salida del colegio, después de habernos pasado toda la tarde de un domingo triston sacando del armario ropa que se ha quedado pequeña, muy pequeña. A Maribel no le cabe ya el jersey que le regaló Rosa por su santo hace dos años.

El armario es pequeño, no se puede guardar la ropa de todos los cursos. Si fuese por Maribel, no se tiraría nada, ni el jersey de Rosa, ni el abrigo azul marino que

le compró su abuela Chiqui, ni las zapatillas de deporte que le trajeron los Reyes el año pasado. El abrigo está roto, se ha quedado pequeño, parece el abrigo de una muñeca, pero es su abrigo, el abrigo que ha llevado a muchas fiestas. Da rabia tener que tirar las cosas cuando las queremos.

En los armarios está encerrado el tiempo, nuestro tiempo. Las personas cambiamos igual que los otoños y los veranos, igual que el mundo, porque también estamos hechas de tiempo. Normalmente decimos: «estos pantalones no nos sirven, se nos han quedado pequeños». Pero también podríamos decir: «nosotros ya no les servimos a estos pantalones, nos hemos puesto demasiado grandes». Ellos siguen igual, somos nosotros los que cambiamos.

Cuando pasen los años, cuando los árboles cambien muchas veces de barbas, cuando seas una persona mayor, volverás un día por casualidad al colegio y notarás que todo es pequeño, mucho más pequeño de lo que recordabas. Los muros del jardín, el tobogán, las sillas de las clases, esa pizarra que parecía inmensa cuando había que llenarla de números, todo te resultará más pequeño, porque tú habrás cambiado. Las cosas conservan un tamaño infantil en la memoria, aunque nosotros vayamos creciendo. La memoria es un armario en el que cabe casi todo. Podemos guardar lo que queramos y tirar lo que verdaderamente no nos hace falta.

Las cosas dependen de la estatura de nuestros ojos. La memoria siempre va con nosotros como un amigo amable, pero muy fantasioso, que nos cuenta la vida a su modo y juega con la realidad, llamándonos la atención en pequeños detalles, olvidando otros, cambiando el tamaño de las cosas.

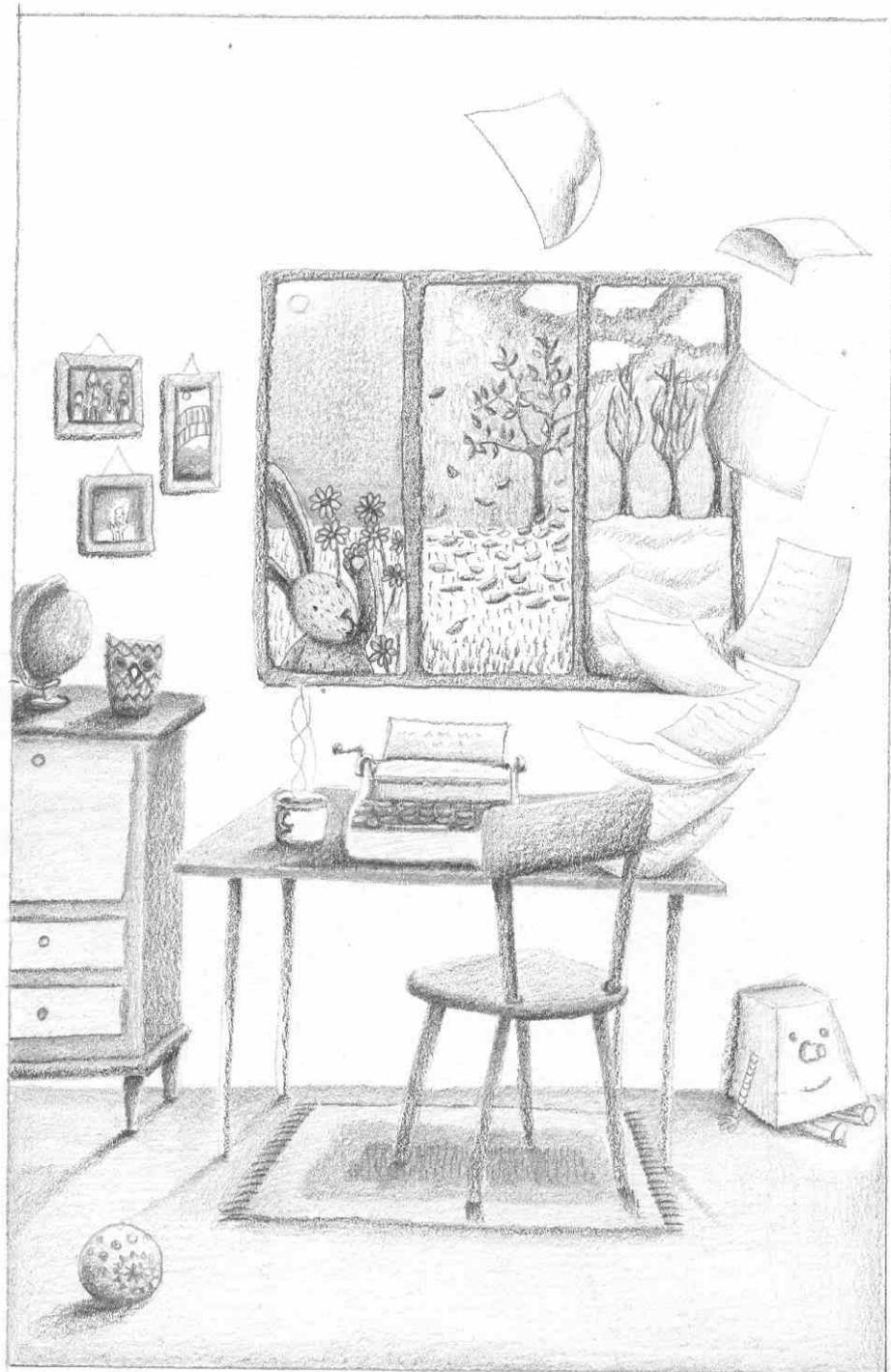
Los escritores miran a veces con los ojos de la memoria, peque les gusta viajar por el tiempo, abrir la caja de los secretos, el álbum de las fotografías, los cajones de ese armario en el que puede guardar casi todo. El tiempo es una carretera de ida y vuelta, por la que podemos viajar al futuro o al pasado, podemos imaginarnos lo que ocurrirá mañana o recordar lo que sucedió ayer.

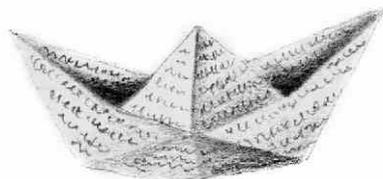
La abuela Chiqui tiene más de sesenta años. Pero en su memoria no vive sólo una mujer de sesenta años, porque vive también la niña que fue al colegio, la muchacha que quiso ser maestra, la mujer que se casó, que tuvo una hija llamada Mari Carmen y una nieta que se llama Maribel. La abuela Chiqui viaja al pasado y recuerda su colegio, porque la memoria es un armario mágico, que nos guarda casi todos los

trajes, y también una modista que emplea tejidos milagrosos, porque las tallas crecen o disminuyen de acuerdo con nuestros recuerdos. En la memoria, sólo en la memoria, la abuela Chiqui puede volver a ponerse su uniforme de colegiala.

En ocasiones basta con un sabor, con un olor, con una palabra. Cada vez que Maribel pruebe las magdalenas grandes y esponjosas de la Pastelería Mezquita, recordará los desayunos en casa de su abuela Chiqui, el sol de algunas mañanas de domingo en la casa grande del Paseo del Salón, donde se quedaba a dormir los fines de semana cuando sus padres salían de viaje. Cada vez que huela el perfume de violetas, Maribel se acordará de su amiga Rosa, que se ponía siempre la misma colonia de violetas, un poco empalagosa, para ir a los cumpleaños. Las hijas de los diplomáticos utilizan colonias demasiado cursis; pero lo peor no es eso, lo peor es que tienen que irse de pronto a vivir a París. Cuando oiga la palabra «equiparse», Maribel se acordará de su madre, de los días en que sonaban los tambores de guerra: «hay que equiparse para el verano», «hay que equiparse para el invierno». Los poetas sabemos que los armarios de la ropa vieja se abren el mismo día que las puertas de los probadores de la ropa nueva. Eso es el tiempo.







Poema sobre el tiempo

El tambor de la lluvia
corre por la ventana.
En los cristales fríos,
canta el gallo del alba.

Al salir del portal
la ciudad boca abajo.
Los coches atropellan
las casas de los charcos.

Borrar para escribir
números y palabras.
Las horas del colegio
nadan por la pizarra.

Y en la mañana giran
las ruedas de los coches,
la lluvia del semáforo,
la tiza y los relojes.

Nubes que se deshacen
como arena de cielo.
El sol del mediodía
viaja con rayos negros.

Pasa el agua tranquila
por el ojo del puente.
Llega verde y dormida,
se va dormida y verde.

El viento en el jardín
es un gato que caza

las flores y las hojas,
los tallos y las ramas.

Todo gira en la tarde.
El agua de los ríos,
las nubes traicioneras,
el viento forajido.

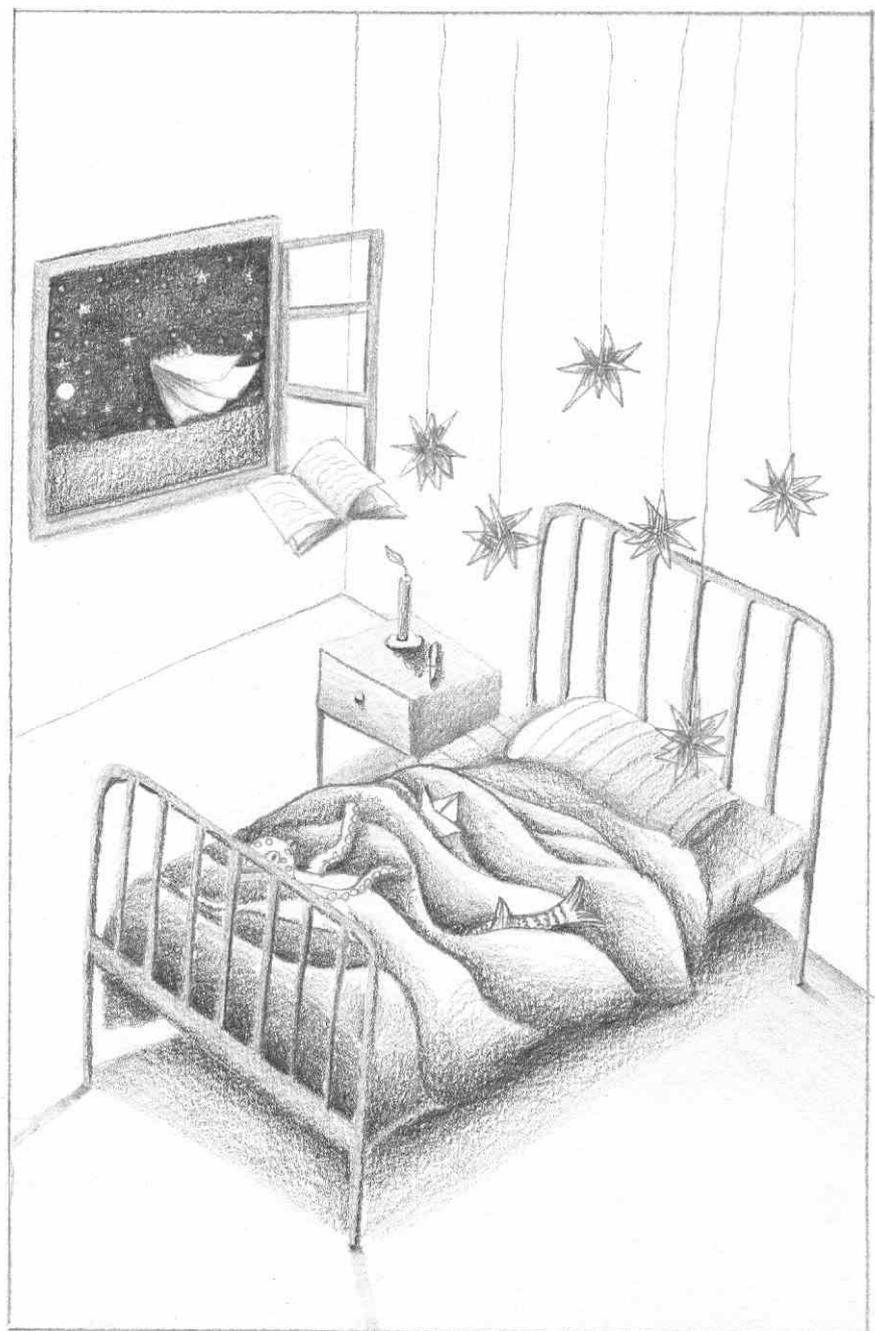
Cuando la luz se apaga,
más allá del silencio,
los ruidos de la calle
golpean en el sueño.

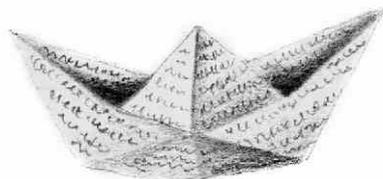
Por los pasillos juegan
las sombras a esconderse
y fuera ladra el perro
temible de diciembre.

En la comba del búho
la luna fugitiva
salta sobre los faros
que cruzan la autopista.

Todo gira en la noche.
Fotografías viejas,
motores lejanísimos,
historias imperfectas.
A la una el futuro
y el tiovivo del tiempo.
A las dos el presente,
a las tres el recuerdo.







¿Nace o se hace?

HAY una pregunta tópica, una brillantísima tontería filosófica que siempre le plantean a los poetas. Ya lo verás. Si te tomas en serio la poesía, si lees mucho y escribes mucho, acabarás convirtiéndote en poeta. Un día publicarás un libro, te llamarán a los colegios y a las salas de conferencias para que recites en público tus poemas. La gente te preguntará sobre tu trabajo. Y, entonces ya verás como alguien levanta la mano, pide la palabra y pregunta: ¿El poeta nace o se hace? Esa es la pregunta tópica, la pregunta del millón.

Los atletas entrenan para conseguir una buena marca. Todos podemos divertirnos corriendo o saltando, pero si queremos conseguir una buena marca, sacarle a nuestro cuerpo sus mejores posibilidades, debemos entrenar. Algunas personas nacen con buena disposición para el atletismo, son fuertes, ágiles, resisten el cansancio, les gusta competir. Pero si no trabajan, si no preparan sus músculos, si no aprenden a dosificar sus fuerzas, si no llegan a descubrir por experiencia el momento justo para atacar a los demás en la carrera, nunca serán buenos atletas.

El esfuerzo diario es muy importante. Cuando se habla de atletismo, los espectadores piensan en las Olimpiadas, las carreras y los saltos en un gran estadio, con miles de personas aplaudiendo y millones de televisores encendidos en todo el mundo. Los espectadores identifican el atletismo con la entrega emocionante de medallas, mientras suena el himno, suben las banderas y se le saltan las lágrimas al atleta vencedor.

¿Qué está recordando ese atleta? El atletismo es para él una cosa muy distinta, que casi siempre desconocen los espectadores. El atleta recuerda el despertador que suena una mañana tras otra, porque hay que levantarse temprano para entrenar. Recuerda los días de lluvia, las mañanas de sol, los vientos de primavera, que se ponen también las zapatillas de deporte y el chándal para bajar a la pista, hacer gimnasia sobre las ramas de los árboles y darle cincuenta vueltas al campo de deporte. El atleta recuerda la felicidad y el esfuerzo, las lesiones, los entrenadores que le han ayudado, aquel día en que el salto empezó a ser más largo, la tarde en que los segundos comenzaron a volar detrás de una buena marca, las jornadas de amistad con otros compañeros, la ropa preparada en su dormitorio.

Al acostarse, durante muchos años, en la silla que hay junto a la cama, el atleta vio un chándal doblado y unas zapatillas de deporte, porque a la mañana siguiente iba a sonar el despertador. Los sueños también querían entrenar. En cuanto cerraba los ojos, los sueños entraban en la imaginación con una buena marca, un récord, un himno y una medalla olímpica.

Esas son las bromas del tiempo y la fantasía. Cuando estaba dormido en su cuarto, no hacía otra cosa que pensar en la medalla olímpica. Y ahora que ha triunfado, ahora que le ponen la medalla y el estadio entero aplaude, la cabeza del atleta vuela como un gorrión a su cuarto, para acordarse del despertador, las zapatillas, el chándal, los entrenadores, los amigos y los días de sol o de lluvia en el campo de deportes.

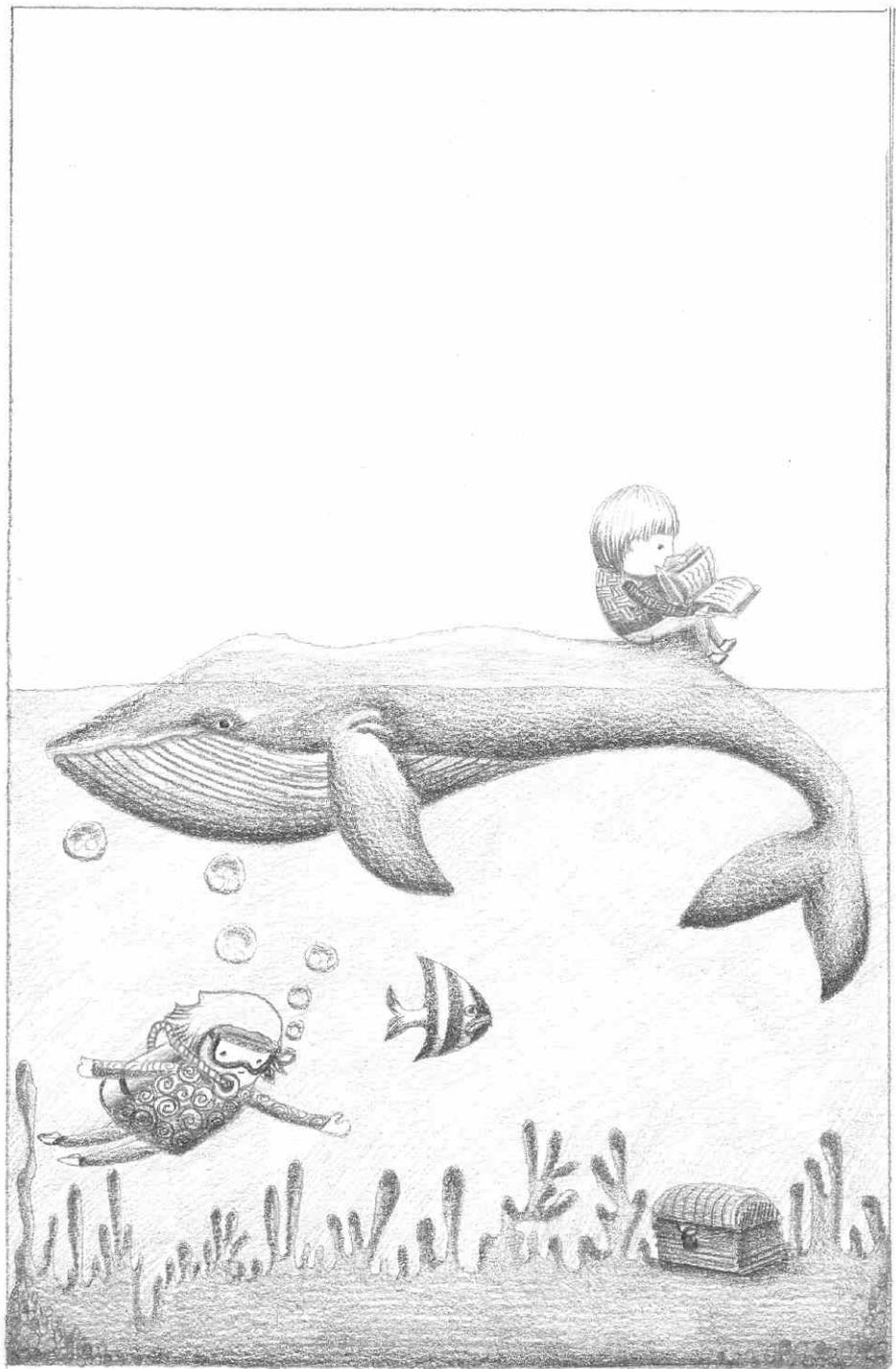
En la poesía ocurre lo mismo. Algunas personas nacen con sensibilidad, saben mirar, tienen mucho talento para las palabras. Pero si no estudian, si no leen y escriben mucho, nunca llegarán a ser poetas. Algunos espectadores piensan que la poesía es una forma de llegar a la fama, de recibir premios, de aparecer en los libros de texto para que los niños tengan que aprobar o suspender un examen por culpa de una fecha o del significado de un verso. Pero no es así. ¿Tienes una **Historia de la Literatura** a mano? Cógela, busca una fotografía de Antonio Machado, de Juan Ramón Jiménez, de Federico García Lorca, de Rafael Alberti, de Luis Cernuda, de cualquier poeta de verdad. Mírala bien, fijate en sus ojos como se fijan las cámaras de televisión en los ojos del atleta que se emociona mientras suena el himno de su país. ¿Qué ves? ¿Fama? ¿Premios? No, algo mucho más importante. Estás viendo el país de las palabras en el que tú vives, las canciones populares, los cuentos de la abuela, las historias de tu grupo de música preferido, la lengua que se utiliza en la calle, las bibliotecas, la lección de los autores clásicos, el verso que de vez en cuando recita tu padre, el aprendizaje de la mirada, los paseos largos en busca de un adjetivo preciso, el amor por esa misma lengua que te sirve a ti para divertirme, enfadarte, llamar por teléfono a los demás, contar secretos o inventarte historias cuando estás solo en tu cuarto. También los poetas se acuestan todas las noches al lado de un libro que quieren leer y de una libreta con páginas en blanco que intentan llenar con sus deseos y sus melancolías, para meditar sobre las bromas del tiempo y los disfraces del mundo.

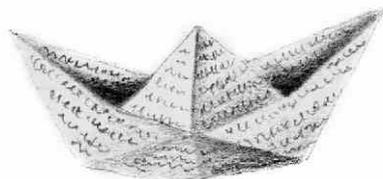
Todas las cosas importantes cuestan trabajo. ¿A qué te han dicho alguna vez que desconfíes de los desconocidos que regalan caramelos en la puerta del colegio? Pues yo te aconsejo que desconfíes de la gente que quiere regalarte la poesía. Serás poeta cuando tú te hagas poeta, con disciplina, esfuerzo y amor, como un atleta de la palabra.

Conviene que estés preparado para contestar sin reírte a la pregunta tópica, a la gran tontería filosófica. Cuando alguien te pregunte alguna vez si el poeta nace o se hace, sé amable, contesta cualquier cosa con educación, pero no te olvides de todos los libros que has leído, de todas las historias que has escuchado, de todos los papeles que has roto porque no te gustaba lo que habías escrito.

El poeta nace y se hace. Y algo muy importante: nace y se hace en la sociedad. Los poemas y las sociedades se construyen con palabras.







La palabra

CUANDO queremos dejar claro un sentimiento, cuando pretendemos afirmar una verdad, cuando necesitamos que alguien nos crea, decimos con el corazón en la mano: palabra de honor.

La palabra es lo más importante que tenemos, lo más nuestro, lo que podemos ofrecerle a los demás. ¿Sabes lo que significa el honor? Es una palabra grandilocuente, parece vestida de gala, con muchas medallas olímpicas o militares en el pecho. Conviene no equivocarse al pensar en su significado, porque una palabra tan seria y tan altisonante es capaz de enfadarse con nosotros. Hay palabras que dan muchos gritos cuando están enfadadas. Mejor será que miremos en el diccionario, ese libro que es la gran memoria de las palabras. Me gusta buscar palabras en el diccionario, porque algunas son rarísimas, parecen un trabalenguas o un misterio. Abro al azar el diccionario y me encuentro con palabras como **hoploteca**, **suita**, **rusificar**, **trinitroto-lueno**, **usgo** y **zacear**. El diccionario es una caja de sorpresas, lo abres y puede salir cualquier cosa, porque nosotros sólo conocemos las palabras que utilizamos, las que tenemos pegadas a los labios, las que se usan en casa, las que corren detrás de nuestros talones en el colegio o en la ciudad. Pero nuestro idioma es mucho más grande, porque sirve también para otras ciudades y para muchos oficios, deportes, ciencias, para cualquier cosa que hagamos, pensemos o soñemos. Y también para distintas épocas, porque ya sabes que los hombres viajan por el tiempo y van de un año a otro, cambiando de costumbres, de trajes y de palabras. La sociedad tiene muchos rincones y las palabras llegan a todos, sirven para que la gente se entienda en una biblioteca de filosofía, en un mercado, en un laboratorio o en una cueva de ladrones. Los diccionarios son una verdadera caja de sorpresas, los abres y encuentras palabras como **apiolar**, **campés**, **cuérrago**, **entormecimiento** y **garrofal**. Claro que también hay palabras como **agua**, **pan**, **calle**, **mar**, **cielo** y **tierra**. Los poetas aprenden a utilizar las palabras raras, pero sobre todo aprenden a dar vida nueva a las palabras sencillas: **amor**, **tristeza**, **canción**, **miedo** o **alegría**.

¿Sabes lo que significa la palabra **honor**?

El diccionario define el **honor** de dos maneras. Se trata, en primer lugar, de una «cualidad moral que nos lleva al cumplimiento de nuestros deberes respecto del prójimo y de nosotros mismos». La segunda definición del **honor** es un poco más solemne, se nota más que estamos hablando de una palabra ruidosa y con uniforme de gala: «gloria o buena reputación que sigue a la virtud, al mérito o a las acciones heroicas». Este tipo de definiciones, en las que aparecen ideas sobre los deberes y la

gloria, suelen ser muy antipáticas, porque los demás intentan imponernos sus gustos, sin pensar en nosotros y sin molestarse antes en explicarnos sus razones.

— Para ser una persona culta tienes que leer poesía, tienes que leer mucho.

Eso te repiten con frecuencia. Pero muy pocas veces se molestan los mayores en explicarte lo que es la poesía, de qué manera puedes divertirte con ella, las cosas que serás capaz de decir o de entender, lo que aprenderás.

Para qué vamos a engañarnos. Las cosas que se nos imponen como un deber son antipáticas, como esos primos desconocidos que llegan de viaje y debemos entretener durante todo un fin de semana, precisamente el fin de semana en el que teníamos planeada una excursión con nuestros mejores amigos. Por eso la gente engaña, hace teatro, representa lo que no es. A veces la palabra **honor** resulta una verdadera máscara, porque el miedo a la opinión de los demás, que puede hacernos muchísimo daño, nos obliga a representar lo que no somos, a vivir en una idea hueca y falsa, con nuestros defectos y nuestros sueños escondidos en los cajones más secretos de la realidad. El honor es una palabra peligrosa si tiene que aliarse con la mentira, porque acaba en simple hipocresía. Le explicamos a nuestro primo antipático que no podemos salir, que nos da mucha rabia, que lo sentimos mucho, que debemos estudiar un examen difícilísimo, y nos vamos de excursión con los amigos.

— ¿El **honor** es una palabra peligrosa? ¿Entonces por qué nos hablas tanto del **honor**?

Bueno, tengo mis motivos. En el capítulo anterior hablamos del esfuerzo y las dificultades. Los poetas no escriben bien por casualidad, sino gracias a su esfuerzo, a su trabajo, al tiempo que han dedicado a escribir, a leer, a mirar el mundo y a escuchar las conversaciones de la mesa de al lado. Como defendí mucho la importancia del esfuerzo, ahora quiero meterme un poco con los deberes, con las obligaciones, con el aplauso de los demás. La poesía no debe ser nunca una obligación. Hay personas estupidas e inteligentes a las que no les gusta la poesía.

— ¿En qué quedamos? ¿Son importantes los deberes y los esfuerzos o no?

Pues depende. La vida resulta divertidísima porque nunca valen las afirmaciones generales, hay que opinar sobre los casos concretos, sobre las situaciones. Las personas que piensan y viven de verdad se aburren poco. Hay obligaciones necesarias y obligaciones ridículas, honores importantes y honores que son una verdadera tontería. En cada caso, dependiendo de las circunstancias y del

primo, deberás decidir si le enseñas la ciudad o si vas de excursión con los amigos. Las decisiones nos entretienen mucho a lo largo de la vida, como la radio del coche mientras viajamos por la carretera de la playa detrás de un camión.

Pensar en el **honor** nos sirve también para comprender la importancia de las palabras. Las definiciones que hemos encontrado en el diccionario hablan de nuestras cualidades y de la opinión de los demás, de nuestras obligaciones y de su repercusión en la sociedad, en los otros, en la familia, en el colegio, en el barrio. Las palabras son importantísimas porque las personas vivimos en sociedad, porque pensamos con un lenguaje que es de todos, que está en la memoria común del diccionario, esperando que lo utilicemos a nuestro modo.

Con las palabras se hace mucho daño. El honor de los demás depende de nosotros y nuestro honor depende de los demás. Los poetas han escrito que las palabras son a veces como un puñal, como una navaja, como una piedra, hacen daño y pueden herir. Imagínate que un amigo te traiciona y cuenta un secreto, una verdad o una mentira que te deja en ridículo. Sus palabras sonarán en tus oídos como una ametralladora.

Otras veces las palabras significan felicidad. Te pueden decir con ellas cosas agradables, declaraciones de amor o de amistad, explicaciones sobre los asuntos más extraños, sobre los misterios del mundo. ¿Buscamos metáforas sobre las palabras que dan felicidad? Por ejemplo: la llave que abre todas las puertas, los labios del día y de la noche, los tesoros del mar, las caracolas de la amistad. Durante el día o la noche, cuando pegamos el oído a una caracola escuchamos el mar, y cuando pegamos el oído al teléfono de nuestra vida escuchamos palabras, palabras que son la llave de todos los secretos.

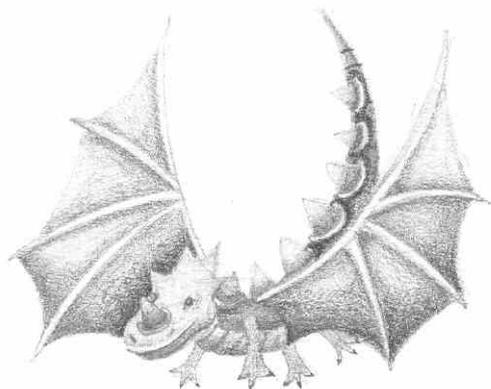
Somos animales racionales, pensamos en nosotros mismos y en los demás, vivimos en sociedad, y todo eso ocurre gracias a las palabras.

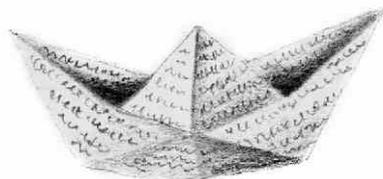
Cuando vamos al banco a pedir dinero, nos exigen un aval, una fianza, algo que demuestre que podemos devolver el préstamo. Pero cuando no se trata de dinero, sino de la verdad o de la mentira de nuestros sentimientos, sólo contamos con una cosa para que los demás nos crean: nuestra palabra, nuestra palabra de honor. Por eso tienen mala fama las personas sin palabra. Un amigo con palabra es algo parecido a un amigo muy mirado. Tan importante es aprender a mirar como aprender a tener palabra..., palabras.

Nosotros estamos teniendo unas palabras sobre la poesía.









Somos una conversación

LAS palabras son un símbolo de nuestra vida. A través de ellas podemos escribir sobre la intimidad, los sentimientos más profundos y las características que nos definen como personas. Las palabras son la piel de nuestro yo, conocen todos nuestros secretos, se acuestan en nuestra cama, se sientan en nuestra silla, gritan en nuestros sueños, comen en nuestro plato. Pero es curioso que estas palabras, tan cercanas, tan amigas, tan íntimas, no sean sólo nuestras, ni hayan crecido en nosotros, como nuestro cuerpo, nuestro pelo o nuestras uñas. Las palabras pertenecen a toda una sociedad, están en el diccionario, han pasado por la boca de los bisabuelos, los abuelos, los padres, y seguirán después en los labios de los hijos, los nietos y los bisnietos. ¿Te das cuenta? Lo más nuestro, lo más secreto, mantiene una relación íntima con los otros, con el pasado, con la ciudad en la que vivimos. Y es que somos una conversación. Nuestra vida se hace poco a poco, se forma gracias a todo lo que intercambiamos con los otros.

Las palabras escritas, la poesía, la novela, los cuentos, son también un intercambio entre un autor y un lector.

Cada uno tiene sus manías, su manera de ser. ¿Y por qué ocurre eso? Al crecer nos fijamos en el mundo, en la gente que nos rodea, en nuestros padres, en los profesores, en los amigos, y las costumbres de la familia, de la sociedad, van conformando nuestro carácter. A nosotros nos gusta mucho el marisco, que es una comida carísima, y sin embargo hay países en los que no se comen gambas ni langostas, porque a sus habitantes les dan asco estos bichos con tantos bigotes y patas. En otros países se comen hormigas, hay insectos que son manjares exquisitos y en las fiestas se ofrecen a los invitados grandes fuentes de lombrices. Todo depende de las costumbres, nos vamos educando según lo que vemos, según la conversación que a lo largo de los años mantenemos con los demás y con el mundo que nos rodea. Como ocurre con las palabras, hemos aprendido nuestros gustos más íntimos junto a los demás.

Cuando el poeta piensa en sus sentimientos, cuando utiliza las palabras, está también hablando de los demás, con el lenguaje de los demás. La poesía es el resumen de una sociedad, de una lengua y de un tiempo.

Busca en tu casa un objeto significativo, algo capaz de resumir la vida de tu familia, algo que se repita en el tiempo hasta alcanzar un valor simbólico. ¿Qué se nos puede ocurrir? Vamos a ver, miremos, ¿qué hay por ahí?

A estas preguntas va a contestar ahora Almudena, una niña alta, de pelo negro, que pronuncia muy bien las eses porque nació en Burgos, y las eses de Burgos resultan un verdadero chapoteo en Granada, donde casi todo el mundo se las come. Almudena habla como las niñas que nacen en Burgos y viven en Granada. Sus amigos del colegio se lo recuerdan:

— Almudena, ¿hassss traído lossss librosss? ¿Hasss hecho lossss deberesss?

Y Almudena responde con humor, jugando a imitar la pronunciación de los andaluces de Granada:

— No, no he traído loo libroo. No he hecho loo deberee.

Almudena se ha puesto a buscar por su casa y ha encontrado una cosa muy significativa: la quiniela de su padre. Los ojos se le han ido a la quiniela que está encima de la mesa. El padre de Almudena juega todas las semanas, se pasa la tarde del domingo entre la radio y el televisor, apuntando los resultados de los partidos, y acaba rompiendo la quiniela en dos y dejándola en el cenicero del salón. El padre de Almudena lleva toda la vida jugando a las quinielas y pensando en lo que hará con el dinero cuando gane. Los lunes siempre reúne a toda la familia: «A ver, decidme cada uno lo que queréis que os compre con el dinero de la quiniela. Cambiaremos de casa, nos compraremos un coche nuevo y después podréis escoger un regalo cada uno». Pero después llega el domingo, los equipos que debían ganar pierden, los que debían empatar ganan, y el padre de Almudena comenta muy decepcionado, mientras rompe la quiniela, que habrá que esperar hasta la semana que viene. Entonces la madre se ríe: « ¡Como le gustan a tu padre los castillos de arena!». La imaginación se inventa muchas cosas, coches nuevos, casas, regalos, pero llega la realidad y casi siempre rompe todos los sueños, como las olas del mar rompen los castillos de arena. Cuando Almudena se levanta los lunes y ve en el cenicero los trozos de la quiniela rota, recuerda las tardes de muchos domingos, los cuentos felices y las casas nuevas, las voces de los locutores repitiendo los resultados de la radio, la cara de desilusión de su padre y los frágiles castillos de arena que hacemos en la playa cuando la marea está baja para que luego se los lleve el mar. En esa quiniela rota, Almudena descubre una parte de las costumbres y los sueños de su casa. Con esa imagen se pueden sugerir muchas cosas, muchas tardes encerradas en la memoria, y una manera de ser, porque a muchas personas les gusta levantar castillos de arena. Eso es lo que hacen los poetas, levantar castillos de arena y buscar la imagen capaz de resumir una parte de nuestra vida, un tiempo, una manera de ser.

— ¡Esta niña es igual que su padre, exactamente igual!

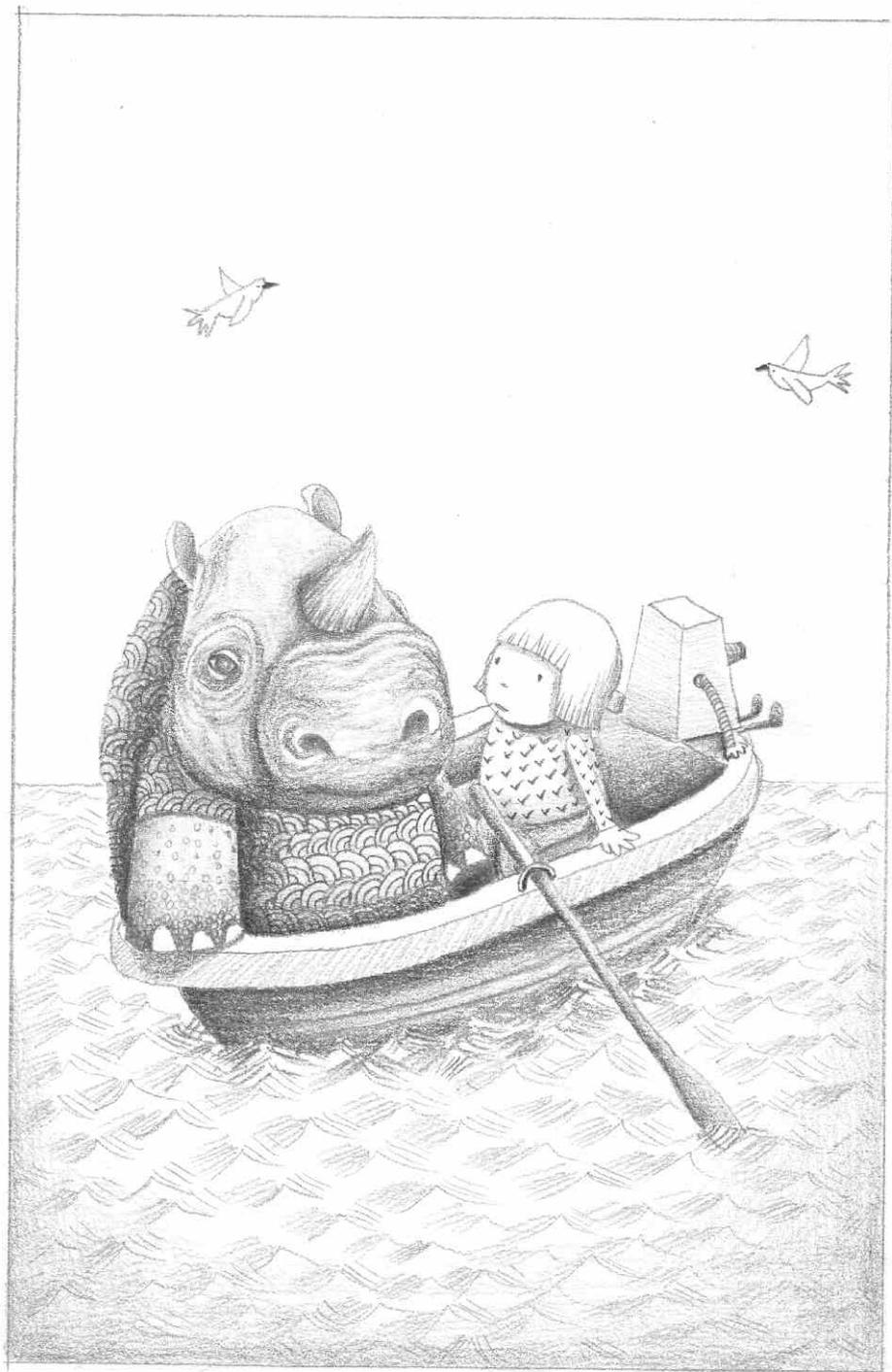
Lo dice la madre de Almudena, cada vez que ella empieza a fantasear, inventándose buenas notas, premios en la lotería, viajes estupendos, grandes hallazgos en el parque de los tesoros perdidos..., castillos de arena. De tanto oír y ver a su padre, Almudena es igual, «exactamente igual que él». Utiliza las mismas palabras con muchas eses y tiene la misma imaginación optimista. Sus manías más íntimas, sus secretos más profundos, nacen de lo que ve, de lo que oye, de lo que se repite delante de ella.

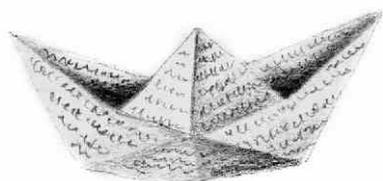
Y es que el mundo es una conversación.

Cuando Almudena le da un significado a la quiniela rota, aprende muchas cosas de la vida, de su padre y de ella misma, de los motivos por los que siempre acaba levantando muchos castillos de arena.









Las palabras compartidas

COMPARTIR una lengua es compartir una parte de nuestra imaginación. ¿Te has dado cuenta ya de que los poetas al escribir utilizan los mismos recursos que la gente normal al hablar? Los poetas aprenden a mirar, piensan mucho las palabras, buscan con cuidado la forma de expresar lo que quieren, el adjetivo exacto, la comparación sugerente. Y todo esto lo hacemos también al hablar, pero casi sin darnos cuenta, gracias a la imaginación del idioma compartido. Como somos unos curiosos, vamos a escuchar esta conversación en la mesa de al lado:

— Tenemos que llamar a un albañil para que arregle el alero de la casa.

— Papá, ¿qué es el alero?

— La parte del tejado que sobresale de las paredes de la casa. Se ha roto, la lluvia está manchando las paredes y nos va a salir una gotera.

La palabra alero es muy poética. La parte de los tejados que sobresale de las casas recuerda a las alas de un pájaro que vuela en el cielo. Por eso utilizamos la palabra alero.

Ocurre lo mismo cuando hablamos del **ojo de un puente**. El hueco por el que pasan los ríos bajo los puentes antiguos se llama ojo. Parece como si los puentes nos mirasen con sus ojos abiertos. Y las piedras que cubren los ojos del puente nos recuerdan a las cejas de una cara. Por eso hablamos de los ojos de un puente.

Cuando un niño está muy sano y es muy grande, decimos que está **más fuerte que un roble**. Para hablar de una persona utilizamos la cualidad de un árbol. O al contrario, podemos utilizar una característica humana para hablar del mundo, y cuando amanece un día muy nublado, después de mirar por la ventana, comentamos que **hace un día muy triste**.

Estos juegos poéticos del lenguaje sirven para expresar con fuerza lo que queremos decir. No es lo mismo comentar que una persona está muy nerviosa, que decir: «Pedro **tiene hoy siete gatos en la barriga**». Y cuando queremos dar nuestra palabra de honor, no es lo mismo decir que vamos a contar la verdad, que afirmar poéticamente: «estoy **hablando con el corazón en la mano**». El corazón es una metáfora de los sentimientos profundos, del amor, de la ternura, de la sinceridad, y por eso nos lo sacamos imaginariamente del pecho, a través de las palabras, para hablar con él en la mano.

El uso de todos estos recursos pasa con frecuencia desapercibido por la rutina del idioma. Pero son recursos poéticos que cumplen una función, y el poeta aprende de ellos, los renueva, inventa cosas parecidas, comparte con los demás su imaginación, para aprender a mirar mejor, a explicar mejor las cosas, a entender los sentimientos y la realidad.

Vamos a hacer una lista de palabras, frases y comparaciones poéticas que podemos oír en la mesa de al lado:

- Hay que arreglar el alero de la casa.
- El agua pasa por el ojo del puente.
- Este niño está fuerte como un roble.
- Esta niña es un lince.
- Antonio es un lobo de mar.
- Estoy hablando con el corazón en la mano.
- Llueve a cántaros.
- Llueve a mares.
- La pastelería está en la segunda bocacalle.
- Tienes siete gatos en la barriga.
- Tienes la cabeza a pájaros.
- ¡Qué otoño más triste!
- Son las alegrías de la primavera.
- No te salgas por los cerros de Ubeda.
- Estás en Babia.
- Estás más sordo que una tapia.
- Eres más malo que el vinagre.
- Vas pisando huevos.
- Eres un témpano de hielo.
- Hace una tarde de perros.
- El mar está como un plato.
- Ha llegado la cigüeña a casa de María.
- Tienes los colmillos retorcidos.

Todas estas cosas se pueden oír en una conversación normal. Son construcciones imaginativas, recursos expresivos para llenar de intención y de significado nuestras palabras. Esto es lo que hacemos los poetas, esto es lo que hacemos todos, jugar con las palabras, aprovechar sus posibilidades, divertirnos, buscar sorpresas, repeticiones. La madre que canta una nana para dormir a su hijo o los niños que recitan una canción para jugar organizan las palabras igual que los poetas. Por eso los poetas aprovechan a veces las canciones populares y las retahílas

infantiles. Mi padre me enseñó esta retahíla que cantaba mi abuelo para rifar entre sus hijos alguna golosina:

Una vaca,
meda,
peda,
rechupeteada,
gorda
y ciega,
tenía unos hijos,
medos,
pedos,
rechupeteados,
gordos
y ciegos.

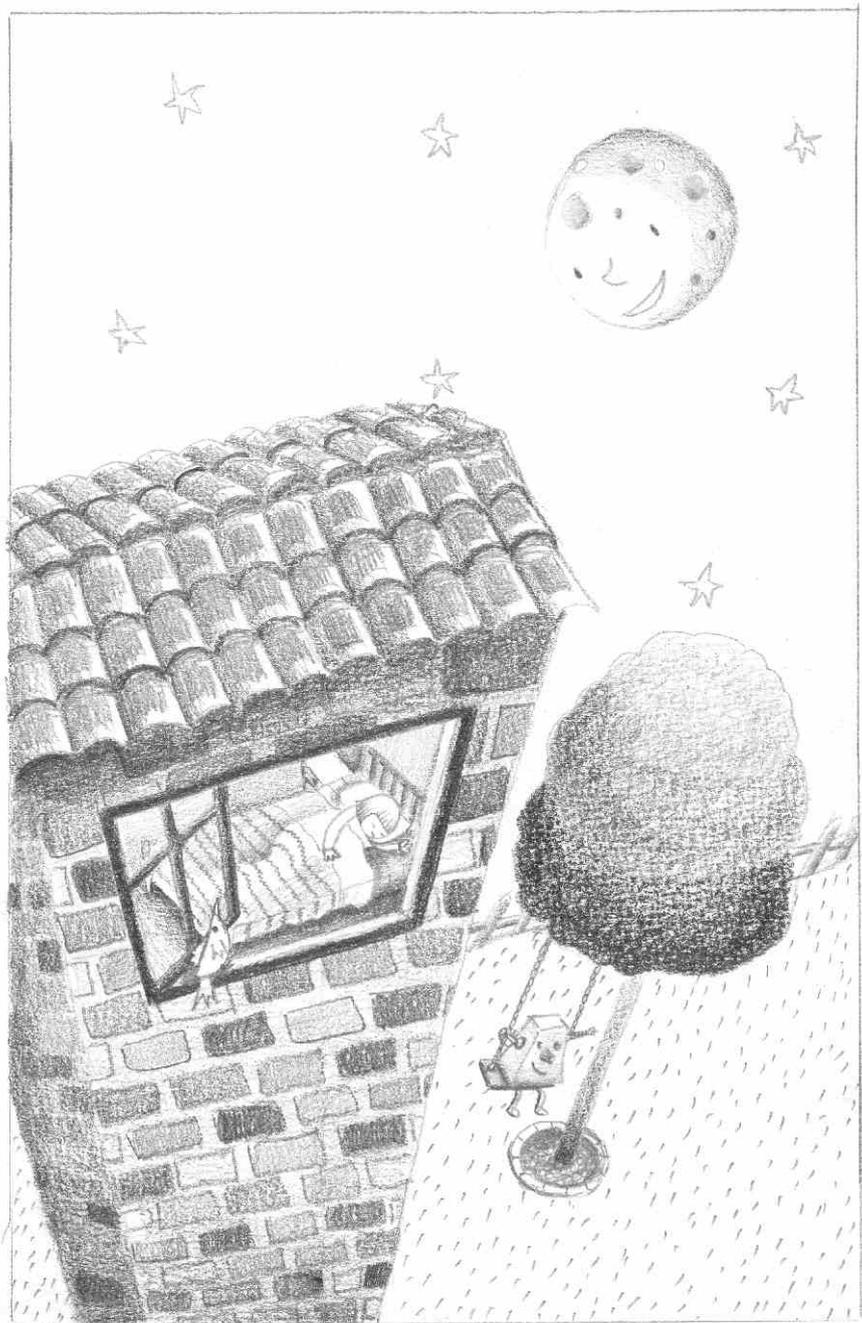
Si la vaca,
meda,
peda,
rechupeteada,
gorda
y ciega,
no hubiese sido
meda,
peda,
rechupeteada,
gorda
y ciega,
no hubiese tenido
los hijos
medos,
pedos,
rechupeteados,
gordos
y ciegos.

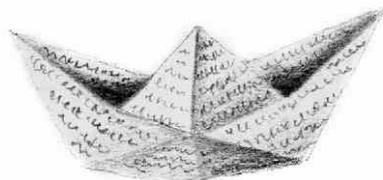
Podemos encontrar muchas retahílas infantiles y canciones populares que son verdaderos poemas, y muchos poemas famosos que recuerdan a las retahílas infantiles y a las canciones populares.

Gracias a las palabras, a la lengua común, compartimos nuestra imaginación.









Canción para dormir a Elisa

Pajarillo que cantas
en la ventana,
ten cuidado que Elisa
ya está acostada.

Pajarillo que cantas
en el almendro,
ten cuidado que Elisa
se está durmiendo.

Pajarillo que cantas
en los olivos,
ten cuidado que Elisa
ya se ha dormido.

Ten cuidado que Elisa
va por las barcas.
Si la despiertas puede
caerse al agua.

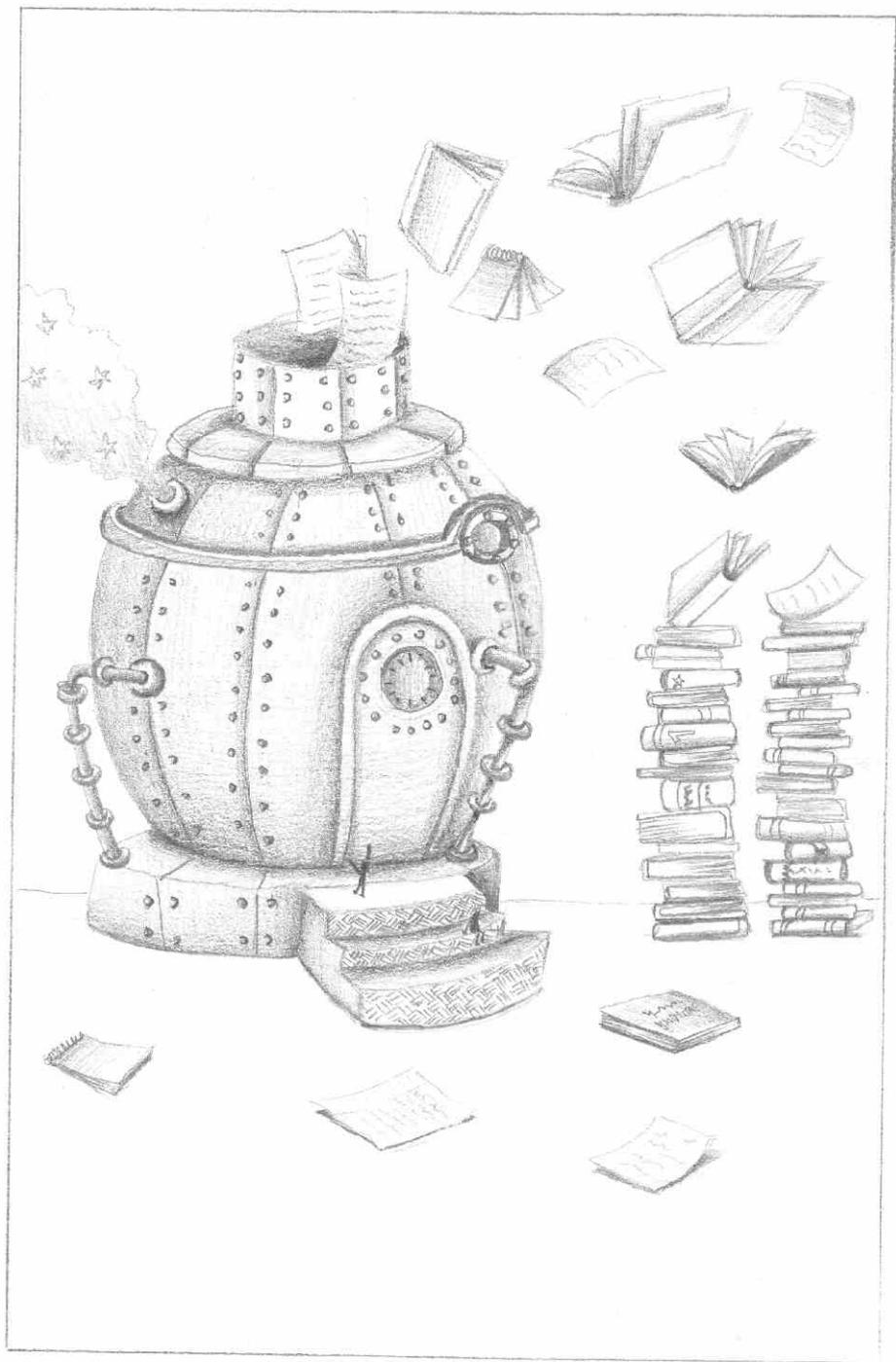
Ten cuidado que Elisa
va por los pinos.
Si la despiertas puede
llorar de frío.

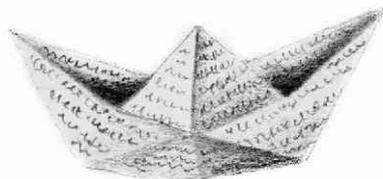
Ten cuidado que Elisa
va por la nieve.
Ten cuidado, no cantes,
no la despiertes.

Pajarillo que vuelas
sobre la almohada,
en tu pico las luces
de la mañana.









La escritura

CORRE, asómate a la ventana porque se ha puesto a nevar. En las ciudades del Sur, aunque sean frías y estén cerca de una sierra, la nieve supone una larga espera, una sorpresa insegura. Las nevadas son un acontecimiento que se prepara lentamente, como una tarde de cumpleaños o una comida familiar. Primero bajan los termómetros, las uñas del frío nos cortan los labios y el cielo adquiere un color blanco, parecido a los cristales de las enfermerías. Las personas mayores afirman entonces que va a nevar, pero luego pasa el tiempo y no ocurre nada extraño, solamente lo de todos los días, las clases, los semáforos, la televisión, la merienda y los deberes. Aunque parezca que va a nevar, casi nunca nieva, las ciudades pierden su oportunidad, suben las temperaturas y el sol amanece un poco más fuerte al día siguiente. Cuando hay frío falta la lluvia, y cuando llueve se esconde el frío.

Pero esta tarde no. Nieva de verdad, el cristal del cielo se ha roto sin estrépito, en un minuto mágico, y los copos caen suavemente, igual que las plumas de una almohada descosida. El reloj se paraliza, el mundo se pone unas zapatillas de paño para no hacer ruido al caminar y nos envuelve la atmósfera encantada de un cuento, una caja de música o una bola de cristal. Corre, mira, asómate a la ventana.

Después de la maravilla del cielo metido en nieve, llegan las dudas de la fugacidad. ¿Cuajará? ¿Será una nevada débil o podremos hacer un buen muñeco, con bufanda, gorra, ojos de patata y narices de zanahoria? La tarea de la nieve resulta muy complicada, porque los coches y los zapatos de la gente caen sobre ella en cuanto llega al suelo para convertirla en agua. Si quieres tener esperanza, conviene que te fijas en algunas zonas apartadas del tráfico. Los tejados, las barandillas de los balcones, las ramas de los árboles, los setos de los jardines y los cables eléctricos empiezan a cubrirse de una piel blanca, tirante, delicadísima, que no se parece a la cara de los enfermos, sino a la espuma de las olas o a los pasos de cebra recién pintados. Debe seguir nevando hasta que venga la noche, porque entonces la gente se encerrará en sus casas, los coches en sus garajes, y los copos podrán caer tranquilamente sobre las calles, sobre los caminos del parque, sobre las plazas, sin que nadie los moleste, convirtiendo la ciudad en un paquete de sal, en un azucarero, en una sábana, en la cara de un hombre embadurnado con jabón de afeitar, en una tarta de nata o en el interior de una nevera. Algo completamente blanco, una bola de cristal con un castillo encantado.

La nieve se parece también al vaho de nuestra respiración en la ventana. Es pasajera, débil, casi aire, se acaba borrando, desaparece.

Me gusta pintar las palabras de colores, rellenarlas en mi imaginación igual que las casas y los árboles en un cuaderno de dibujo. Siempre he pensado que la palabra «Palabra» es blanca, como la nieve pura, la nieve nieve, la que cae durante días y noches en lo alto de las montañas, sin que nadie la pise. La nieve va nombrando el mundo, hace sus muñecos, pinta de blanco las copas de los árboles, los tejados, las casas, las calles, los coches, el cubo de la basura, los bancos solitarios del parque. La nieve levanta una realidad fugitiva, que desaparece cuando el sol manda sus rayos a la tierra y la ciudad empieza a gotear. La nieve es un milagro, una maravilla, un cuento, un poema, pero resiste poco tiempo. Las calles se convierten en una inmensa gotera, en un escalofrío que se filtra por el cuello del abrigo y por los descuidos de las botas para regalarnos un buen resfriado.

La nieve y el vaho de la ventana se parecen a una conversación. Las palabras de las conversaciones se esfuman, se las lleva el viento, sólo sirven para entendernos en un momento preciso. Las palabras salen de la boca, entran por los oídos y luego se derriten o se van memoria adentro como un pájaro que acaba por desaparecer. Los seres humanos han inventado algunas cosas para que las palabras no desaparezcan: contestadores automáticos, magnetofones, el cine sonoro... Pero lo primero que inventaron fue la escritura.

La escritura es como una nieve que no se deshace, una maravilla que consigue durar, una conversación que quiere mantenerse en el tiempo. Las palabras de la escritura pueden esperar años en una libreta, en un libro, en un periódico, hasta que lleguen los ojos que quieran recuperar el diálogo interrumpido. Las tribus antiguas se reunían alrededor del fuego para contarse sus historias. El más anciano solía tomar la palabra y recordar el pasado común de todos los seres pertenecientes a la tribu:

— Yo, Rayo Fugitivo, nieto de Águila Blanca, hijo de Caballo Loco y padre de Flecha Certera os voy a contar la historia que sucedió...

Así, Rayo Fugitivo recordaba la historia que le habían contado Águila Blanca y Caballo Loco, y le anunciaba también a su hijo, Flecha Certera, que alguna vez debería seguir con la antorcha de las palabras, contar la historia de la tribu para que no se perdiese en el olvido.

Pero las conversaciones y la nieve son fugitivas, y pasan como el tiempo, como el agua, como los coches en la autopista. Los seres humanos inventaron la escritura, una palabra que no se pierde, que puede esperar en las bibliotecas la llegada de su lector. Escribimos para detener un poco el tiempo, para llevar nuestra vida a muchos kilómetros y a muchos años de distancia.

Los poetas también se sentaron muchas veces junto al fuego y recorrieron las plazas de las ciudades y los grandes salones de los palacios para recitar sus versos. La poesía, como las viejas palabras de la tribu, era una conversación, una reunión oral. Luego los poetas descubrieron la escritura como una forma de luchar contra el tiempo, de llegar a más sitios, de pensar con más precisión en las palabras. Los poemas son las nuevas palabras de la tribu. El poeta aprende a mirar, enciende el fuego de la vida con sus ojos y consigue fijar sus palabras en el tiempo gracias a la escritura, esa nieve que no se deshace, aunque lleguen las mañanas de sol, los veranos, los años y los siglos.

La literatura es el arte de conseguir que el tiempo se quede a vivir con nosotros, sin que quiera escaparse, sin necesidad de meterlo en una jaula.

La literatura es también como tener un cuarto propio, un fuego personal para calentarnos cuando sentimos frío. Podemos abrir los libros como se abre la puerta de nuestro cuarto, ése que nos ha costado tanto trabajo conseguir.

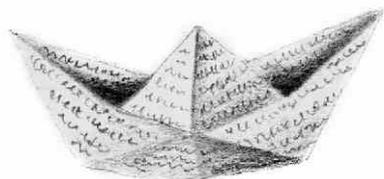
Cuando era pequeño, dormía con tres hermanos en la misma habitación. Si quería jugar, ellos estaban estudiando; si yo estudiaba, ellos querían jugar. Si tardaba en apagar la luz por las noches, mis hermanos protestaban porque les impedía dormir. Nos llevábamos bien y no era difícil ponerse de acuerdo, pero a veces es necesaria la intimidad, un fuego solitario para nosotros solos.

Cada vez que abro un libro, gracias a la escritura, siento todavía la misma sensación de intimidad que descubrí cuando mis padres cambiaron de casa y tuve un cuarto para mí solo. Por eso digo que disfrutar de la literatura es lo mismo que conseguir un cuarto propio. Un libro es como la habitación que llamamos nuestro cuarto.









La imaginación

Y ya que estamos en nuestro cuarto, vamos a jugar un rato. A veces corremos y competimos con los amigos, nos escondemos en los rincones más secretos del parque, nadamos en la piscina o en el mar, llenamos de gritos y canciones el patio del colegio, hacemos barricadas en el pasillo de la casa, nos ayudamos a pasar de pantalla en el videojuego, saltamos las tapias de los jardines y nos subimos a los árboles. Pero otras veces, porque no tenemos a nadie cerca o porque nos apetece estar lejos de todo el mundo, nos inventamos juegos solitarios, aventuras que ocurren en nuestra cabeza. La cabeza se puede llenar de muchas cosas: árboles imaginados, estrellas marinas, palacios, campos de fútbol, trenes exóticos, países enemigos a los que somos enviados como espías para cumplir una misión difícil.

De niño, yo también me inventaba juegos para entretenerme cuando no podía salir a la calle por culpa de un castigo o porque estaba lloviendo a cántaros, como si el cielo fuera una ducha inmensa sobre las personas que se atrevían a dejar sus refugios. Buscaba entonces para jugar algunas cosas dormidas, que me esperaban en el silencio ordenado del cuarto. Con un dardo y una diana, y con un poco de imaginación, por supuesto, podía vivir grandes aventuras de detectives, historias complicadas en las que mezclaba las escenas de amor y los más terribles peligros. Atrapado en una fortaleza de malhechores que intentaban destruir el planeta con un bombardeo nuclear, debía afinar la puntería y acertar con el dardo en el centro rojo de la diana para que se abriesen las puertas de mi prisión. Luego corría por un laberinto de pasillos plagados de enemigos, rescataba a mi novia, y ella, especialista en ingeniería militar, me ayudaba a detener un monstruoso lanzamiento de misiles. Si por segunda vez conseguía acertar en el centro de la diana, después de un máximo de cinco intentos, la aventura acababa con un final muy feliz, las puertas del castillo se abrían, llegaban refuerzos, los malhechores eran detenidos y mi novia me daba un largo beso de agradecimiento.

Otras veces decidía organizar un Campeonato Mundial de Fútbol. Necesitaba solamente una caja, una pelota y que me dejasen tranquilo en mi cuarto para que pudiera inventarme todo lo demás. De la imaginación salían las banderas, los himnos, las crónicas periodísticas, las declaraciones después de las victorias y las derrotas, los aplausos de la gente, los gritos de gol y la repetición de las mejores jugadas. Se trataba de meter la pelota con un toque técnico en la caja de cartón, sin que se saliera al botar y sin que la caja se diera la vuelta por la fuerza del disparo. Al

tirar en nombre de la selección española ponía más cuidado que al culminar las jugadas de los otros equipos, la voz del locutor (que era mi voz retransmitiendo apasionadamente una gran final) anunciaba el ataque, se suspendía en el aire, guardaba un silencio nervioso y por fin gritaba el gol, gol, goool, un balonazo imparable por la escuadra que nos daba la Copa del Mundo y la gloria futbolística.

España no ha ganado nunca la Copa del Mundo de Fútbol. En el momento decisivo, por culpa de los árbitros o de la mala suerte, nuestra selección siempre es eliminada. La realidad se parece mucho a esa jugada en la que nuestro delantero falla un gol cantado o el defensa contrario mete la pierna y saca la pelota cuando está a punto de entrar en la portería. Así es la realidad, una caja de sorpresas, una competición sorprendente de trucos de magia, una sopa de ilusiones y desengaños que se enfría en la cuchara cuando vamos a tomárnosla. Por eso resulta tan importante la imaginación, porque podemos ajustarle las cuentas a la realidad, salimos con la nuestra, controlar los posibles finales de la jugada, hacer que los balones entren en la portería y que los dardos den en el centro de la diana, para que se abran las puertas y todos los peligros se resuelvan con un beso, un largo beso de amor. Imaginar significa hacernos responsables de la realidad, corregirla, entretenernos con ella, sacarle partido a los ojos del pensamiento. El pensamiento también tiene ojos, y cuando aprendemos a mirar con ellos empezamos a ver las cosas que sólo viven en las ciudades de la imaginación.

Las palabras son como una diana y un dardo, como una caja de cartón y una pelota, objetos que nos ayudan a jugar y que nos permiten vivir en las ciudades de la imaginación, asustándole las cuentas a la realidad. Pero, cuidado, piensa que si quieres ser poeta deberás hacerte responsable de tus imaginaciones. A veces resulta difícil vivir en el lugar adonde nos lleva la imaginación. Y es que aprender a imaginar no significa solamente inventarse fantasmas, brujas y marcianos.

¿Qué le has regalado a tu madre por su cumpleaños? ¡Un frasco de colonia! Pero, ¿cuántos frascos de colonia tiene tu madre? Por lo menos cuatro o cinco, porque casi todo el mundo le regala colonia a las madres en su cumpleaños. Vamos a jugar con la imaginación para ver si se nos ocurre otra cosa.

— ¿Qué le regalarías a la luna por su cumpleaños?

— Una buena noche, sin nubes en el cielo, para que pudiera brillar casi tanto como el sol (o por lo menos como una bombilla).

— ¿Y qué le regalarías a una señal de tráfico?

— Un abrigo, porque en las esquinas de las calles hace mucho frío y es una lástima que las señales de tráfico se pasen las noches tan desnudas y tan quietas.

— ¿Y a un árbol?

— Pues creo que una cena en un restaurante de lujo, con muchos platos para elegir y postres riquísimos. Lo de alimentarse a través de las raíces debe ser muy aburrido, casi tanto como el comedor del colegio. Supongo que los árboles estarán aburridos de comer siempre la misma tierra, con el mismo sabor a minerales y a barro.

— ¿Y a un recuerdo, qué le regalarías a un recuerdo por su cumpleaños?

— ¡A un recuerdo! No lo sé, a ver, déjame que piense... A un recuerdo le podríamos regalar un trozo de tiempo, para que volviese a vivir en el presente. A los recuerdos hay que regalarles una caja de cristal llena de tiempo.

— Has tenido unas ideas estupendas. En su próximo cumpleaños, le puedes regalar a tu madre una noche, un abrigo, una cena y un trozo de tiempo.

— Eso es difícil porque yo no tengo dinero para pagar una cena y un abrigo, y además el tiempo y la noche no pueden comprarse.

— Imagínate que hablas con tu padre, le compráis un abrigo a tu madre, que ya lo va necesitando porque el suyo está viejísimo, y luego te ofreces a cuidar de tu hermano pequeño todo el tiempo que haga falta para que salgan los dos solos a cenar en un buen restaurante.

— Yo no tengo edad todavía para hacer de canguro.

— ¿De verdad? Pues tendrás que pedirle ayuda a tu hermano mayor, a tu tío o a tu abuela.

— Espera, espérate un momento, ¿me estás diciendo que haga de canguro sin cobrar?

— Sí, y también que te fijas en el abrigo de tu madre, que hables con tu padre, que pienses en ellos, que sientas a tu hermano pequeño como una responsabilidad tuya.

— Vaya, no sé si me gusta este juego. Empezamos imaginando lo que le regalaría a la luna por su cumpleaños y acabo haciendo de canguro gratis.

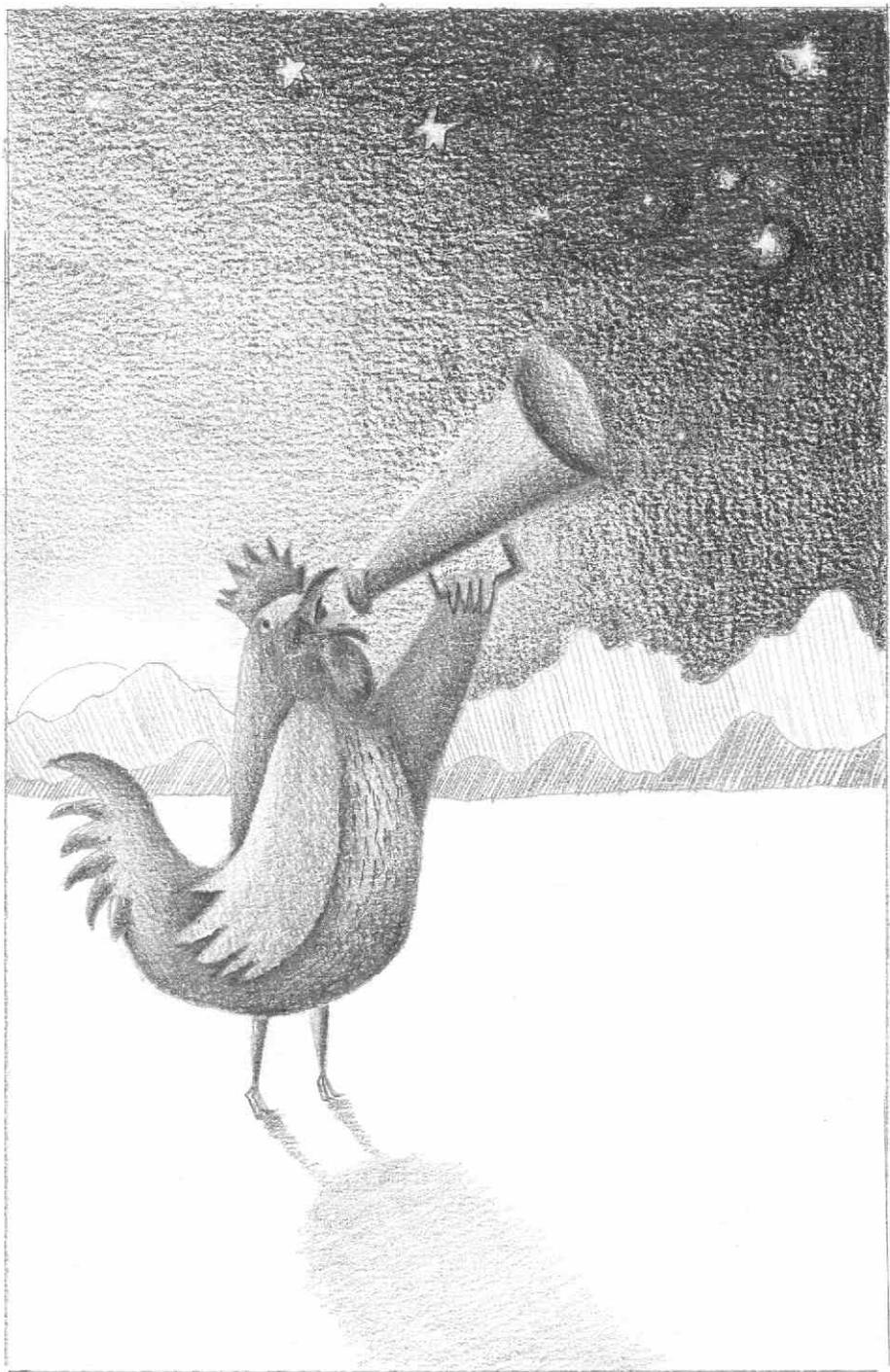
— Tú verás, yo sólo te aviso de que si quieres ser poeta tendrás que responsabilizarte de tus imaginaciones. La imaginación es tan real como la realidad.

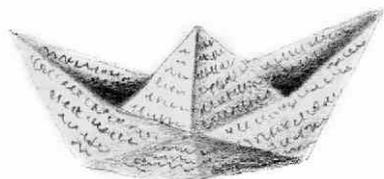
— Ya lo veré.

— Ya lo verás, si aprendes también a mirar con los ojos del pensamiento.









La rima

CUANDO dibujamos en el suelo una casa o las murallas de una fortaleza, estamos creando un lugar intermedio entre la ficción y la realidad. Los dibujos que hacemos en la arena de la playa y en la tierra del parque sirven para entrar y salir de un castillo o para convertirnos en los dueños de una casa con un gran salón, una biblioteca llena de libros y de ventanas, muchos dormitorios y una cocina en la que preparar cenas exquisitas. Dibujamos en el suelo puertas, habitaciones, muebles, y luego dibujamos una historia en nuestra imaginación.

Los poetas utilizan la rima con el mismo fin. Al escoger palabras que repiten un mismo final, dibujan con los sonidos una raya que sirve para delimitar el espacio del poema, un lugar intermedio entre la ficción y la realidad que nos invita a levantar historias en nuestra imaginación. Si queremos que el dibujo sea fuerte, con líneas gruesas y bien marcadas, utilizamos la rima consonante, haciendo que se repitan al final de las palabras los sonidos de las vocales y las consonantes: coche y noche, barco y charco, violeta y maceta, camión y canción. Si queremos que el dibujo sea más suave, podemos repetir sólo las vocales, que se esconden en medio de las otras letras y mantienen una música sigilosa, algo así como el murmullo de una fuente: noche y hombre, barco y caballo, violeta y espera. Es la rima asonante.

La rima sirve para llamar la atención sobre algunas ideas y algunas palabras. Cuando los sonidos se juntan, le damos protagonismo a lo que queremos decir, conducimos al lector o al que nos escucha hasta los sentimientos que necesitamos comunicarle. Si queremos hablar mal de Bernarda, una mujer muy antipática, podemos explicar que es agresiva, peligrosa, maleducada. Pero somos mucho más expresivos con una rima acertada, con una repetición de sonidos que parezca un dardo, con una música capaz de dar en el blanco:

Bernarda,
cara de leoparda.

Si queremos comunicarle a Magdalena, una amiga hipócrita, que ya hemos descubierto sus mentiras, que su amabilidad es falsa, que no volveremos a fiarnos de ella, la rima nos ayuda a decírselo de una manera tajante:

Magdalena,
cara de hiena.

Esas cosas no se olvidan. La rima es igual que la luz que entra por debajo de las puertas, la luz de la mañana que se filtra por las cortinas. La rima entra en la imaginación y en la memoria, dibuja sobre la arena de la fantasía los límites de una frase o un poema, el tiempo de un poema. La rima se repite como el sonido de un reloj, se queda en nosotros como el tic-tac de las palabras. Los versos parecen seres vivos, nos afectan igual que un suceso o que un recuerdo importante.

La rima es también un modo tradicional de conseguir la música de un poema. Cuando contamos una historia, además de decir la verdad, necesitamos ser elocuentes, verosímiles, explicar las cosas de forma que parezca sincero todo lo que decimos. Al llegar tarde a casa o después de una travesura, hay que ofrecer explicaciones, tener un buen motivo, contar nuestras excusas de manera convincente. Tan importante es lo que decimos como la forma de decirlo, las palabras que utilizamos, el tono de voz, los gestos. Sin que se note mucho, un poco de teatro siempre da buen resultado. ¿A que sí?

La música de los poemas sirve precisamente para eso. La música es el tono de voz, el gesto de los versos, la forma que tienen las palabras de llegar a sentirse necesarias y convincentes. Escribir un poema es buscar una música, un ritmo, para que todas las cosas sean oportunas, seductoras, llamativas, creíbles. Además de la rima, el poeta puede controlar el número de sílabas que hay en cada uno de sus versos, para que suenen con un ritmo preciso. Podemos escribir, por ejemplo:

El tambor de la lluvia
corre por la ventana.
En los cristales fríos
canta la luz del alba.

Estamos hablando de un amanecer de invierno, con el frío de la calle pegado a la ventana y con la lluvia golpeando en los cristales, que suenan como si fuesen un tambor. Los gallos cantan al amanecer, así que podemos identificar su canción con la primera luz del día. La luz del alba canta como un gallo. Dibujamos el espacio y la música del poema a través de la rima y de las sílabas de los versos. Ventana y alba riman con suavidad, en asonante, y los versos fluyen de una forma natural, armoniosa, porque todos tienen siete sílabas:

El-tam-bor-de-la-llu-via
co-rre-por-la-ven-ta-na.
En-los-cris-ta-les-frí-os
can-ta-la-luz-del-al-ba.

Los poetas utilizamos el idioma como si fuera un instrumento musical, una guitarra, un piano, haciendo que las palabras suenen como teclas o cuerdas afinadas, para componer una melodía, un tono de voz, una explicación personal y convincente de las travesuras del mundo.

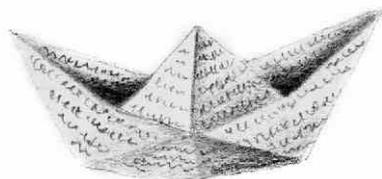
Pero te recuerdo que se pueden escribir poemas sin rima y versos de distintas sílabas. Lo importante es la música, conseguir llamar la atención con las palabras, dibujar una historia y un tiempo en la imaginación, convertir una mirada o una idea en algo memorable. A todo esto ayuda la rima, pero hay otras formas de lograrlo, porque la música permite muchas libertades y las palabras tienen más recursos para enseñarnos a mirar. Un buen adjetivo, al acercarse de manera imprevista a un nombre, llama nuestra atención y nos hace pensar. Lo mismo ocurre con otras posibilidades formales, y por eso decimos que un idioma es un instrumento de ideas y de sonidos con el que se pueden sugerir muchas cosas. Piensa en estos cinco ejemplos:

- I. Noche fabricadora de embelecos,
loca, imaginativa, quimerista,
que muestras al que en ti su bien conquista
los montes llanos y los mares secos...
- II. Estar cansado tiene plumas,
tiene plumas graciosas como un loro,
plumas que desde luego nunca vuelan,
mas balbucean igual que loro.
- III. Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.
- IV. La luz usada deja
polvo de mariposa entre las manos.
- V. ¡Qué altos
los balcones de mi casa!
Pero no se ve la mar.
¡Qué bajos!

¿Qué te sugieren estos versos? Como estamos casi en el final del libro, y hemos viajado por los capítulos de la mirada y el tiempo, de los secretos personales y de las costumbres de la sociedad, ya no hace falta explicar que la poesía es mucho más que un juego de rimas y palabras. Los poemas son como una maleta mágica, sin fondo, en la que caben las ciudades y los ríos, los barcos y las autopistas, los grandes rascacielos y las islas salvajes, los amores y las tristezas, las ilusiones y los desengaños. Los poemas tienen esa medida flexible de nuestra inteligencia y nuestro corazón.







Leer un poema

LAS ideas que han ido surgiendo en este libro te ayudarán como lector. Disfrutar un poema significa emocionarnos con él, comprenderlo, descubrir las relaciones que hay entre la historia que se nos cuenta y nuestra vida.

Vamos a leer juntos un poema de Federico García Lorca que se titula «Tiovivo»:

Los días de fiesta
van sobre ruedas.
El tiovivo los trae, y los lleva.
Corpus azul.
Blanca Nochebuena.

Los días, abandonan
su piel, como las culebras,
con la sola excepción
de los días de fiesta.

Estos son los mismos
de nuestras madres viejas.
Sus tardes son largas colas
de moaré y lentejuelas.

Corpus azul.
Blanca Nochebuena.

El tiovivo gira
colgado de una estrella.
Tulipán de las cinco
partes de la tierra.

Sobre caballitos
disfrazados de panteras
los niños se comen la luna
como si fuera una cereza.

¡Rabia, rabia, Marco Polo!
Sobre una fantástica rueda,
los niños ven lontananzas
desconocidas de la tierra.

Corpus azul.
Blanca Nochebuena.

¿Qué te ha parecido? ¿Qué piensas tú? Eso es lo más importante, porque tú eres el lector, el que debes disfrutar del poema. Nunca leas creyendo que hay solamente una verdad oculta en los versos y que tienes la obligación de descubrirla. Para ti, la mejor verdad del poema sólo puede ser tu verdad, lo que tú sientas, lo que tú descubras, aquello que pongan tus ojos y tu imaginación sobre las palabras de Federico García Lorca. Como lector, tú eres el dueño del poema.

Yo te voy a explicar ahora lo que siento, también como lector. Pero ten en cuenta que llevo mucho tiempo leyendo poesía, y que he aprendido a disfrutarla, a pensar con ella, a sentir con ella. Cuanto más leas, tu verdad será más inteligente, más rica, te dará más satisfacciones, y por lo tanto será más tuya. Debemos ser capaces de conquistar nuestros sentimientos y nuestras ideas.

El poema «Tiovivo» me produce una extraña mezcla de melancolía y felicidad. Melancolía por el tiempo que pasa como un río y por las cosas que se pierden porque se las lleva el agua de las semanas y los años. Felicidad por todo lo que podemos conseguir con la poesía y la imaginación.

En las épocas antiguas, cuando las ideas de los seres humanos estaban llenas de supersticiones, la gente creía que el tiempo era como una rueda, como un círculo que daba vueltas. Era una idea lógica en un mundo en el que las costumbres y los conocimientos se repetían una y otra vez sin grandes cambios. Era difícil viajar, los pueblos se comunicaban poco, las noticias tardaban en divulgarse, la técnica y los inventos humanos se desarrollaban con lentitud y los hijos vivían en sociedades casi idénticas a las de sus padres, abuelos y bisabuelos. Se cultivaba la tierra de la misma forma, se cuidaba a los animales del mismo modo, se elegía a los jefes de las tribus y las ciudades de la misma manera. El tiempo parecía una rueda que giraba sin avanzar, en el eje inmóvil del presente. Luego fuimos descubriendo que las cosas pueden cambiar, que dependen de nosotros, y que la vida es como un camino, como un libro que se escribe poco a poco. Vamos cambiando de ideas, de costumbres, de conocimientos, en busca de una vida más cómoda y más justa. Las sociedades van cambiando de piel según pasan los años. Nuestras ideas sobre el tiempo cambiaron también, y por eso utilizamos otras metáforas. El tiempo es el agua de un río que pasa por debajo de un puente, el coche que corre por las autopistas, el barco que navega en busca de su puerto. El tiempo es un viaje hacia el futuro, en el que vamos cambiando, según crecemos, de talla, de ideas, de costumbres y de sociedades. Como las culebras

cambian también de piel cuando crecen, a García Lorca se le ocurrió esta comparación:

Los días, abandonan
su piel, como las culebras...

Los cambios son en general buenos, permiten ir construyendo el futuro, ir avanzando. Los cambios son inseparables de nuestra libertad, nos dan la posibilidad de elegir. Pero es lógico que sintamos melancolía por las cosas que se quedan atrás, por los zapatos que nunca volveremos a ponernos, por la amiga que cambia de ciudad y desaparece. Necesitamos la memoria para retener el pasado mientras seguimos avanzando. Un filósofo alemán llamado Ernst Jünger publicó en 1957 un estudio sobre el tiempo titulado *El libro del reloj de arena*. En ese libro dice que sólo los niños, cuando esperan un día de fiesta, conservan la idea del tiempo circular. El Corpus, las vacaciones de verano, la Navidad, los Reyes Magos, vuelven todos los años, dan vueltas en el tiempo como si fueran un tiovivo. Por eso escribió Federico García Lorca este poema, porque los días normales cambian de piel y desaparecen, pero las fiestas se quedan en la memoria, van sobre ruedas, se parecen a los caballitos que giran en el tiovivo del tiempo. Vivimos los días de fiesta con la misma ilusión que sintieron nuestros padres cuando eran pequeños:

Estos son los mismos
de nuestras madres viejas.
Sus tardes son largas colas
de moaré y lentejuelas.

El poeta habla de madres viejas exagerando un poco, porque su madre no era todavía muy vieja. Pero quiere dar una sensación de melancolía, de tiempo que pasa y no vuelve. Sólo los días de fiesta vuelven en el tiovivo de los calendarios, porque no son culebras, no cambian de piel, y van vestidos con trajes de moaré y lentejuelas, unos trajes de largas colas, brillantes, hechos con pequeñas lentejas de cristal, que se ponían las madres antiguas para asistir a las celebraciones importantes. Las tardes de los días de fiesta se visten con los trajes más lúcidos de nuestras madres. No los podemos olvidar, regresan del pasado al presente en el calendario. El poeta repite un estribillo para fijar esta idea de movimiento circular, de tiovivo, de regreso permanente:

Corpus azul.
Blanca Nochebuena.

Los colores sirven aquí para describirnos el carácter de los días de fiesta. El Corpus se celebra en junio, al inicio del verano, cuando el cielo está azul, más azul que nunca. La Navidad es blanca por el mes de diciembre, por el frío y la nieve, por los

manteles de las grandes comidas familiares. Son los niños los que viven con más ilusión estas fiestas, porque los mayores, perseguidos por la prisa de su trabajo y por los problemas de la realidad, acaban atrapados por los días normales que cambian de piel como las culebras. Los niños juegan, viven en la fantasía, son capaces de imaginar, de divertirse:

¡Rabia, rabia, Marco Polo!
Sobre una fantástica rueda,
los niños ven lontananzas
desconocidas de la tierra.

Marco Polo fue un gran viajero que recorrió el mundo. Pero los niños le hacen rabiar, porque en el tiovivo de su imaginación pueden llegar a lugares muy lejanos, que él nunca conoció en sus viajes reales. Se repite mucho que los poetas son niños grandes, personas que mantienen la fantasía infantil, las ganas de ver lontananzas desconocidas. Federico García Lorca juega como un niño, se dedica a mirar con los ojos de la imaginación y convierte a la tierra en un tiovivo. No es muy difícil, porque el planeta tierra se mueve dando vueltas alrededor del sol. Y todo se describe entonces como una verbena espacial, como una fiesta universal llena de colorido. El tiovivo de la tierra gira colgado de una estrella, los cinco continentes se parecen a un tulipán, una flor roja y amarilla de grandes pétalos, la luna tiene forma de cereza y los niños se la comen subidos en caballitos que se disfrazan de panteras. Ya ves, los poetas y los niños llegaron a la luna mucho antes que los astronautas:

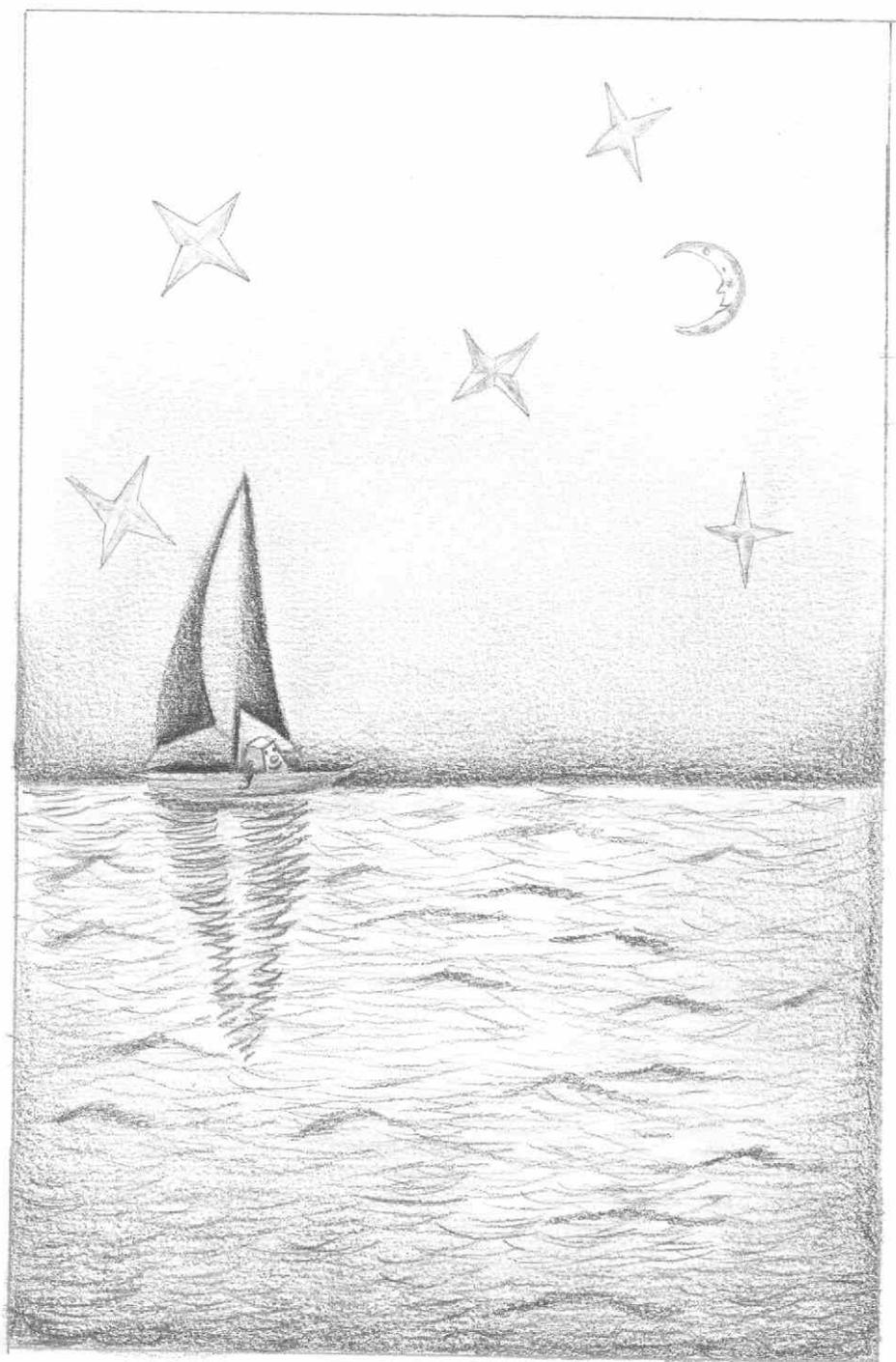
El tiovivo gira
colgado de una estrella.
Tulipán de las cinco
partes de la tierra.

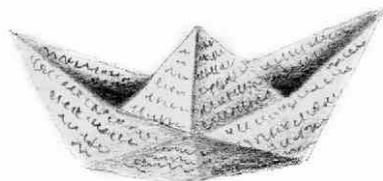
Sobre caballitos
disfrazados de panteras
los niños se comen la luna
como si fuera una cereza.

Por eso me produce este poema melancolía y felicidad. Melancolía por el tiempo que se va quedando atrás, por los armarios llenos de ropa pequeña, y felicidad por el poder de nuestra imaginación, que nos recuerda el pasado, nos permite jugar y nos lleva al futuro.

Vuelve ahora a leer el poema. Diviértete y busca tus ideas, tus sentimientos, tu lectura.







Escribir un poema

«Bien valdrá, como creo, un vaso de buen vino».

Gonzalo de Berceo

SI además de leer poesía, también quieres escribirla, las palabras se convertirán en las amigas íntimas de tus ojos. Pondrás por escrito lo que veas y lo que sientas, ofreciéndoles a los demás las ilusiones secretas de tu imaginación.

¿Cómo se escribe un poema? En este libro te he contado algunos trucos, algunas de las preocupaciones que tenemos los poetas a la hora de escoger un tema, de buscar una metáfora, de componer una música que dé forma a las palabras, que las junte y las apriete como las manos aprietan la arena húmeda de la playa cuando hacemos un castillo. Pero ya no te puedo dar más consejos, porque ahora empieza tu tiempo de escritor, el momento de tus dudas y tus elecciones. Ya verás que escribir es algo parecido a pasarse los días enteros en el escaparate del mundo y las palabras. Con lo que sientas y con lo que pienses, con lo que imagines y con lo que veas, tendrás que elegir, rechazar un adjetivo y escoger otro, desechar unas imágenes y seleccionar otras, persiguiendo aquellos versos que más se ajusten a lo que necesitas decir.

Poco a poco irás formándote una conciencia poética. ¿Una conciencia poética? ¿Qué es eso? Tú sabes que en la vida hay cosas que se deben hacer, otras que se pueden hacer y otras muchas que están mal, porque son actitudes que provocan un daño injusto a los demás. Cuando nos educamos entre la gente, la conciencia nos dice lo que está bien y lo que está mal, aquello a lo que tenemos derecho y aquello que debemos prohibirnos nosotros mismos, antes de que nos lo prohíban nuestros padres, nuestros profesores o nuestras leyes. Las leyes de la poesía viven sólo en la cabeza del poeta. Su conciencia poética le sugiere lo que está bien o mal escrito; las palabras, las metáforas, las músicas que se deben elegir.

Bueno, me equivocaba, te puedo dar un último consejo para acabar este libro. La mejor manera de formarse una conciencia poética es copiar libremente a un poeta que nos guste. Es lo que los autores clásicos llamaban imitación. Así, utilizando el mundo de otro poeta, fijamos unos valores, un lenguaje preciso, un sistema de composición. El primer curso de la conciencia poética se estudia en la admiración de

los demás, en la admiración de un maestro que nos enseña a comprender lo que debe ser la poesía. Como yo nací en Granada, mis primeros versos eran una imitación de los poemas de Federico García Lorca. Guardo muchas carpetas llenas de poemas en los que el tiempo era un tiovivo, la luna una cereza y las tardes de los días de fiesta hermosas mujeres vestidas de moaré y lentejuelas. Con García Lorca aprendí también a escribir sobre la plata verde de los estanques y sobre los jinetes que viajan solos por los caminos nocturnos. Imitaba e inventaba poemas, a partir de lo que leía. Durante las últimas semanas, mientras estaba escribiendo este libro, he vuelto a leer mis poemas infantiles, aquellos papeles que mi madre guardó en carpetas. Me los regaló mucho tiempo después, casi como una sorpresa, cuando publiqué mi primer libro. Hay un poema titulado «El tiovivo de las olas»:

Los días de fiesta
van por la niebla.
El agua azul los trae,
y los lleva.

Olas del mar
y barcos de vela.

Los días de colegio
son marineros en tierra,
que aguardan en la orilla
el barco de las fiestas.

Canciones antiguas
y canciones modernas,
que cantamos en el puerto
blanco de las abuelas.

Olas del mar
y barcos de vela.

El tiovivo gira,
porque las olas nos llevan
a ciudades lejanas
y selvas secretas.

En las vacaciones
hay lunas aventureras.
Los niños persiguen despiertos
la naranja de las promesas.

¡Rabia, rabia del examen!
El barco alegre de las fiestas
cruza los mares fantásticos
de los mapas y las verbenas.

Olas del mar
y barcos de vela.

Con este tipo de imitaciones me formé una idea de lo que significaba escribir poesía, una idea general, influida por muchas lecturas y muchos poetas. Llegué a un mundo de imágenes, versos, palabras, metáforas, comparaciones y músicas, del que salió poco a poco mi mundo, la manera que tengo de sentir y de pensar. Ahora me gusta contar las cosas a mi modo. La poesía es un barco que nos lleva hasta nosotros mismos, pero navegando por aguas internacionales, con mapas y faros que compartimos con los demás.

Espero que la lectura de este libro te haya resultado útil y que te ayude a disfrutar de la poesía. Si es así, si pasan los años y sigues escribiendo o leyendo poemas, búscame, hablaremos de literatura y podrás invitarme a un vaso de buen vino.





Índice

- I. No somos tontos
- II. Tampoco somos niños góticos
- III. Aprender a mirar
- IV. Seguimos mirando
- V. Ya sabemos mirar
- VI. Leer en voz alta
- VII. El invierno
- VIII. La primavera
- IX. El verano
- X. El otoño
- XI. El tiempo
- XII. Más cosas y más tiempo sobre el tiempo
- XIII. Poema sobre el tiempo
- XIV. ¿Nace o se hace?
- XV. La palabra
- XVI. Somos una conversación
- XVII. Las palabras compartidas
- XVIII. Canción para dormir a Elisa
- XIX. La escritura
- XX. La imaginación
- XXI. La rima
- XXII. Leer un poema
- XXIII. Escribir un poema

